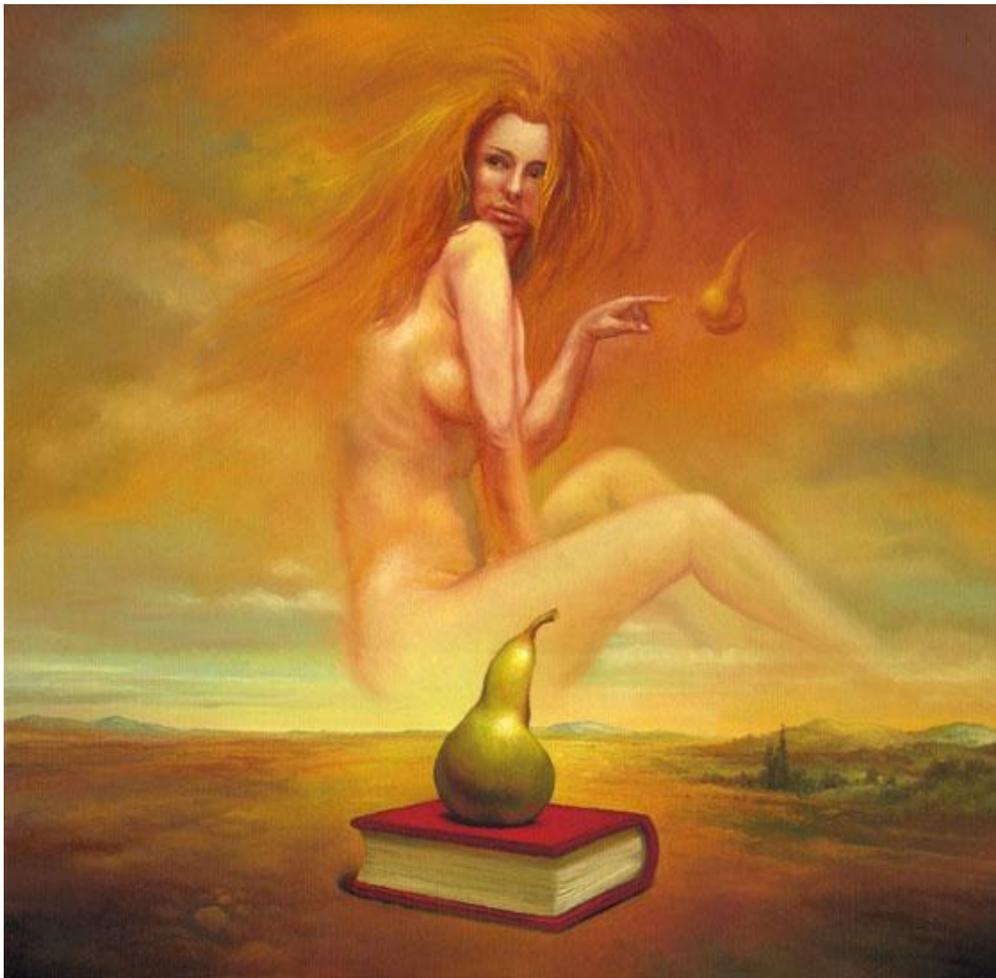


REVISTA LITERARIA KATHARSIS

Las cinco advertencias de Satanás

Enrique Jardiel Poncela (1901-1952)



Digitalizado por Justo S. Alarcón y Rosario Ramos
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Enrique Jardiel Poncela



(Madrid, 1901 - 1952) Dramaturgo y novelista español. Partió de una literatura de raíces vanguardistas, y fue el renovador de la comedia y la narración humorística. Se dio a conocer a través de colaboraciones en la revista *La correspondencia de España* y en diversos diarios. Su obra, de profunda inspiración vanguardista, supone una nueva orientación del teatro de humor, de la que también son representantes autores como Antonio de Lara, Tono; E. Neville y J. López Rubio.

Antes de la Guerra Civil estrenó, entre otras piezas, *Usted tiene ojos de mujer fatal* (1933), *Angelina o el honor de un brigadier* (1934), *Un adulterio decente* (1935) y *Cuatro corazones con freno y marcha atrás* (1936), en las que a través de una comicidad desorbitada buscaba la sorpresa y el desconcierto del público. En sus novelas de esta etapa emplea como recurso primordial la caricatura de personajes y ambientes, así como un lenguaje certero y brillante en el que se aprecia el magisterio de R. Gómez de la Serna. Así se comprueba en *Amor se escribe sin hache* (1929), *Espérame en Siberia, vida mía* (1930) *Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?* (1931) y *La tournée de Dios* (1932).

Su propósito fue desterrar al olvido el anticuado humorismo costumbrista hispánico, y aprovechar las infinitas posibilidades de lo inverosímil y lo fantástico. Por ello, no es de extrañar que sus estrenos desencadenasen grandes polémicas y que la crítica, en su mayor parte adversa, le reprochase sus apresurados desenlaces, en los que se veía obligado a hacer creíbles los brillantes y desquiciados planteamientos previos.

En la posguerra continuó escribiendo comedias con el mismo tratamiento paródico, cercano a la farsa, traspasado a veces por un amargo escepticismo, fruto de su temperamento pesimista. Entre los títulos de este período destacaron *Un marido de ida y vuelta* (1939), *Eloísa está debajo de un almendro* (1940), *Los ladrones somos gente honrada* (1941), *Los habitantes de la casa deshabitada* (1942) y *El sexo débil ha hecho gimnasia* (1946). Sus *Obras completas* vieron la luz en 1958, y en 1977 apareció la mayor parte de su *Obra inédita*.

Comedia en cuatro actos, estrenada en el teatro de la Comedia, de Madrid, el día 20 de diciembre de 1935

REPARTO DEL ESTRENO

ACTORES

Elvira Noriega.....
Guadalupe M. Sampedro.....
Carmen Unceta.....
Aurora Lussich.....
Ricardo Canales.....
Jesús Tordesillas.....
Antonio Diéguez.....
Mariano Azaña.....
Marco Davó.....

PERSONAJES

CORAL.
ALICIA.
SILVIA.
PEPITA.
FÉLIX.
RAMÓN.
ISAAC.
PEDRO.
LEONARDO (no sale).

La acción del primero y segundo actos, en Madrid; la de los tercero y cuarto, en Niza, tres meses después. Época actual. Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Saloncito íntimo, pequeño y recogido: sencillez, gusto y cierta originalidad sin estridencias. Muebles cómodos y prácticos, de los que no gustan en la juventud, pero que se eligen en las exposiciones de los mueblistas al doblar la esquina de los cuarenta años. Estos que aparecen distribuidos en escena han sido elegidos por el dueño de la casa hace cuatro años poco más o menos. Una puerta en el lateral izquierdo y otra más, con forillo interior, en el foro izquierda. En el foro derecha, un gran balcón con balaustrada de piedra. Las vidrieras del balcón son practicables. Tras la balaustrada, forillo de calle a la altura de los primeros pisos. En la derecha, una mesita, y, sobre ella, una lámpara, y en las paredes, más luces, que tienen el conmutador general en la puerta del foro. En un mueble, un retrato de ALICIA.

Al levantarse el telón está la escena desierta y las luces apagadas. Unos instantes de pausa, y se encienden las lámparas de las paredes. A su resplandor vemos que han entrado RAMÓN y PEDRO por el foro. RAMÓN avanza quitándose los guantes, dato que se apunta como definitivo para la descripción moral del personaje, porque, como se sabe, entrar en una habitación quitándose los guantes es lo que hacen siempre los hombres engreídos. Por fortuna, en este caso el engreimiento es razonable. RAMÓN tiene treinta años. Es inteligente, ingenioso, guapo y bien construido, y, en el fondo, no cree que la Tierra gire alrededor del Sol, sino alrededor de sí mismo. La única persona ante quien RAMÓN se siente inferior y empequeñecido es FÉLIX, a quien tendremos el gusto de conocer más adelante. RAMÓN entra con el abrigo y el sombrero puestos. En cuanto a PEDRO, se trata de un criado que ha cumplido los sesenta años hace cinco horas. PEDRO avanza detrás de RAMÓN, le despoja del abrigo y le coge el sombrero y los deja sobre una silla.

EMPIEZA LA ACCIÓN

RAMÓN.—¿No han vuelto aún?

PEDRO.—Todavía no, señorito, y probablemente no volverán hasta la madrugada, pues ya sabe el señorito que...

RAMÓN.—(Sentándose, encendiendo un cigarrillo e interrumpiendo a PEDRO.) Volverán de un momento a otro, porque me han citado aquí a las once.

PEDRO.—¿El señor o la señorita?

RAMÓN.—El señor. Me han mandado una carta pidiéndome que acudiese. No dice para qué, pero me lo figuro. (Alegremente.) Hoy va

a ocurrir aquí algo extraordinario, que ya ha ocurrido otras veces, Pedro.

PEDRO.—¿Otras veces?

RAMÓN.—Sí. (En tono investigador del hombre que espera oír lo que ya sabe.) Alrededor de las nueve de la noche habrá venido a ver a tu amo don Isaac, el administrador. ¿No es cierto?

PEDRO.—(Un poco sorprendido.) Sí, señorito; a las nueve menos diez.

RAMÓN.—Se habrán encerrado a hablar los dos, y la conversación habrá durado un cuarto de hora aproximadamente...

PEDRO.—(Más sorprendido aún.) Sí, señorito; un cuarto de hora.

RAMÓN.—Y el administrador, al acabar la conferencia, estaría congestionado, como siempre que tu amo le da orden de desembolsar una cantidad...

PEDRO.—(Sorprendidísimo.) Sí, señorito, don Isaac estaba morado.

RAMÓN.—Después, tu amo se habrá mostrado más amable que nunca con la señorita.

PEDRO.—(En el colmo de la sorpresa.) ¡Eso es!...

RAMÓN.—Y le habrá dicho: «Vístete, que hoy comemos fuera».

PEDRO.—(Asombrado.) ¡Justamente! Y se han ido los tres a comer a...

RAMÓN.—(Acabando la frase.) ... «Excelsior».

(Una pausa. PEDRO queda mirando fijamente a RAMÓN. De pronto se siente atacado por una sospecha.)

PEDRO.—¿Qué es lo que supone el señorito? ¿Que el señor se ha hartado ya de la señorita?

RAMÓN.—No lo supongo; lo creo. Porque, como ves, Perico, las circunstancias son exactamente las mismas que lo fueron las veces pasadas.

PEDRO.—¿Y el señorito cree que el señor va a romper con ella esta noche?

RAMÓN.—Sí.

PEDRO.—¿Y que si le ha citado aquí es para que el señorito se lleve a la señorita, como ha ocurrido con las demás señoritas?

RAMÓN.—Sí.

PEDRO.—Pero el señor, en esta ocasión, parecía muy enamorado...

RAMÓN.—¿Cuándo no ha parecido muy enamorado tu amo?

PEDRO.—Y, por lo que afecta al señorito, en el año y medio que hace que la señorita Alicia... «está en el poder», no ha dado señal ninguna de que la señorita le gustase...

RAMÓN.—¿Es imprescindible dar señales de que una mujer nos gusta para que nos guste? Esta me gusta aún más que me gustaron las anteriores, Pedro. Por otra parte, debías ya haberte dado cuenta de que, en mujeres y en corbatas, tu amo y yo tenemos las mismas preferencias. La mujer y la corbata que él desea, son siempre la corbata y la mujer que deseo yo. Sólo que yo no tengo dinero, y él, sí. Y como por poco que cuesten las mujeres y las corbatas, siempre

cuestan algo, tu amo puede darse la satisfacción de tenerlas nuevas, y yo me veo obligado a aguardar a que me las traspase.

PEDRO.—El señorito debe de tener ya muchas corbatas...

RAMÓN.—(Dejando escapar un suspiro melancólico.) Sí. Tarda uno más tiempo en cansarse de ellas que de las mujeres.

PEDRO.—¡Qué curioso! Suspira el señorito igual que suele suspirar el señor.

RAMÓN.—No me extraña. Siempre he creído que uno y otro somos, en el fondo, dos románticos, cosa que, al fin y al cabo, les sucede a todos los cínicos.

PEDRO.—Las opiniones del señorito me encantan. Y a mi novia también le gustan mucho.

RAMÓN.—Pero ¿todavía tienes novia?

PEDRO.—Sí, señorito. Y perdone el señorito si no le digo que está a disposición del señorito; pero hay cosas que...

RAMÓN.—(Riendo.) ¡Naturalmente, naturalmente!

PEDRO.—Hoy debía haber pasado la velada con ella para celebrar mi cumpleaños; pero el señor no me ha dado permiso. Y, en vista de ello, me la he traído aquí, y cuando el señor se recoja... Como en la casa hay tan buenos vinos...

RAMÓN.—(Riendo aún más.) ¡Estupenda idea! Y ahora comprendo por qué tu amo y yo congeniamos tan bien contigo. Eres un romántico tan cínico como nosotros, Pedro.

PEDRO.—Sí. Quizá he llegado a ser un cínico. Criado y todo, siempre he tenido aspiraciones... (RAMÓN vuelve a reír.)

RAMÓN.—Muy bien hecho. No dejes de tener aspiraciones..., ni de agradecer al Destino el ser criado.

PEDRO.—Entonces, ¿el señorito me aconseja que sea criado siempre?

RAMÓN.—No dimitas jamás. Es más cómodo ser pueblo que gobernante, marinero que capitán, enfermo que médico y niño que ama de cría. ¡Seamos criados hasta la muerte, Perico!

PEDRO.—¿Seamos?

RAMÓN.—Seamos, sí; porque yo también soy criado. Yo soy criado de tu amo al quedarme con las corbatas y las mujeres que él desecha; pero ya has visto cómo así obtengo la ventaja de conseguir gratis lo que a él le ha costado el dinero. Un buen cínico, Pedro, no debe ignorar las utilidades de la servidumbre.

PEDRO.—Me encantaría saber qué es lo que el señorito entiende exactamente por ser cínico.

RAMÓN.—Ser cínico es volver a escribir lo que ya habíamos tachado.

PEDRO.—Y un hombre cínico en el amor, ¿cree el señorito que puede llegar a dejar de serlo?

RAMÓN.—Sí, si tropieza en su camino con una gran pasión.

(Cambiando de tono.) Déjame un retrato de la señorita.

PEDRO.—¿Un retrato de la señorita? Sí, señorito. (Va hacia el mueble,

coge el retrato de ALICIA y queda inmóvil.) Pero...

RAMÓN.—¿Qué pasa?

PEDRO.—Se me ocurre que quizá el señorito ha pensado en la señorita Alicia como en una posible «gran pasión», y en ese caso me creo en la obligación de desilusionar al señorito, recordándole que, por lo que se ve, el señor ha fracasado ya en esa empresa...

RAMÓN.—Pedro, cada guitarrista arranca sonidos distintos a una misma guitarra, y cada hombre despierta sentimientos distintos en una misma mujer. (Mirando el retrato.) Realmente, es muy linda.

PEDRO.—Eso, sí, señorito.

RAMÓN.—Y debe de estar muy bien hecha.

PEDRO.—Lo está.

RAMÓN.—¿Cómo lo sabes?

PEDRO.—Me lo ha dicho su doncella de confianza.

RAMÓN.—Y de carácter, ¿qué?

PEDRO.—No sé qué contestar al señorito.

RAMÓN.—¿Cada cuánto tiempo regañan tu amo y ella?

PEDRO.—Cada semana...

RAMÓN.—¿Cada semana?

PEDRO.—Cada semana seis veces.

RAMÓN.—¿Y por qué no siete?

PEDRO.—Porque los domingos el señor se va solo al campo.

RAMÓN.—Entonces, con eso se ahorra... (Calculando.) cuatro broncas mensuales.

PEDRO.—Exactamente. Y cinco los meses de cinco semanas.

RAMÓN.—(Mirando el el retrato de nuevo.) Sin embargo, no puede negarse que Alicia tiene un aire dulce...

PEDRO.—Sí, señorito. Cuando regañan, al insultar baja la voz.

RAMÓN.—¡Excelente! Y... ¿ronca? ¿Sabes si ronca al dormir?

PEDRO.—Mi habitación pillta tan lejos de la de los señores...

RAMÓN.—Pero su doncella de confianza...

PEDRO.—Ésa sí ronca.

RAMÓN.—Digo que su doncella de confianza ha podido decirte si la señorita...

PEDRO.—No me he informado acerca de ello.

RAMÓN.—¡Es lástima!... Porque saberlo importa mucho. En la mujer, un ronquido se perdona peor que un pasado.

PEDRO.—¡Qué gran verdad!

RAMÓN.—De gastar no hay que hablar: gastará un disparate.

PEDRO.—Sí, señor. A pesar de los esfuerzos de don Isaac, el administrador, el señor las acostumbra a todas muy mal. Pero eso no puede preocuparle al señorito, puesto que, como el señorito sabe, hay dos sistemas de interesar a las mujeres, y mientras el señor usa el sistema de darles mucho dinero, el señorito y yo utilizamos el otro sistema de no darles absolutamente nada.

RAMÓN.—¡Desde luego! Eso sin contar con que, cuando tu amo las enamora, ellas no tienen un céntimo, y, en cambio, cuando vienen a parar a mis manos, cuentan con el dinero que él les dio como indemnización.

PEDRO.—Entonces, ¿el administrador ha venido para fijar la indemnización a la señorita Alicia?

RAMÓN.—Sí. La de la señorita Alicia... y la mía.

PEDRO.—Pero... ¿el señorito cobra por llevarse las señoritas que al señor ya no le interesan?

RAMÓN.—¿No cobras tú por prepararle el baño? Y ten en cuenta, Perico, que tu amo se queda muy descansado cuando toma el baño que tú le preparas; pero se queda más descansado todavía cuando pierde de vista a las mujeres que me llevo yo.

PEDRO.—Es que cobrar por eso es cinismo, y como el señorito ha confesado que le impulsa hacia la señorita Alicia un interés romántico...

RAMÓN.—Pero no olvides que, hasta que llegue el momento romántico, nosotros nos abrazamos al cinismo.

PEDRO.—Sí, señorito. (Dentro repiquetea tres veces un timbre. Levantando bruscamente la cabeza.) Tres llamadas.

RAMÓN.—Ahí están.

PEDRO.—Con permiso. (Se va por el foro, pero al instante vuelve a entrar.) Perdona el señorito... Una cosa que siempre me ha interesado saber: cuando el señor se deshace de las señoritas, ¿qué es lo que a ellas les empuja en el acto y sin dudar hacia el señorito?

RAMÓN.—El despecho. (Suenan otros tres timbrados dentro.)

PEDRO.—¡Ah! El despecho... ¡El despecho! Es verdad. Muchas gracias. (Se va definitivamente por el foro. RAMÓN queda solo unos momentos, durante los cuales deja el retrato de ALICIA sobre el mueble. Después de dejarlo lo contempla desde dos o tres distancias diferentes, como si fuera un cuadro expuesto en el Salón de Otoño. Por el foro entran FÉLIX, ALICIA, ISAAC y PEDRO. ALICIA tiene treinta años largos. Viste todo lo bien que suelen vestir las mujeres que se dejan aconsejar por un hombre selecto y con dinero (en este caso, el hombre selecto, con dinero, es FÉLIX), y aunque seguramente sus primeros años juveniles se desarrollaron en ambientes poco refinados, en los años siguientes ha tenido más suerte, y eso han salido ganando FÉLIX y ella, porque resulta realmente una mujer encantadora. FÉLIX, por su parte, que bordea ya los cuarenta y cinco, es una inteligencia innata, fenómeno psicoginecológico más frecuente de lo que suele creerse, pero cuyo mayor o menor esplendor en el futuro dependen del medio en que el interesado se eduque y viva en tiempos posteriores y de la cantidad de alimentos nitrogenados que consuma. FÉLIX, que ha consumido abundantes alimentos cálcicos —gracias a los cuales su esqueleto se ha desarrollado hasta la gallardía—, ha consumido también multitud

de alimentos nitrogenados; y, por si esto fuera poco, su inteligencia innata ha sido avalorada y depurada por los ambientes en que se ha movido y por una continua vida brillante. Entiéndase en ésta como en otras ocasiones por «vida brillante» la reacción que resulta de mezclar el buen gusto, la inquietud y el ansia de felicidad con una fortuna personal de muchos miles de duros. FÉLIX es, en síntesis, un hombre excepcionalmente agradable. A sus cuarenta y cinco años, el refinamiento de su existencia ha conservado aún en él trazas de juventud gracias a la influencia vivificadora del cambio de ambientes, de sensaciones y de ideas, y, al mismo tiempo, el flujo y reflujo de las pasiones propias de un hombre maduro le han proporcionado la capacidad de crueldad y la dureza de alma necesarias al individuo que quiere triunfar sobre la vida, sobre los hombres y, más singularmente, sobre las mujeres. FÉLIX ha triunfado sobre todo ello repetidamente, y empieza ya quizá a sentir la fatiga de todo triunfador al apreciar lo hueco que es el triunfo, lo insípido de su gusto y el humo en que se desvanece. En cuanto a ISAAC BLUM, administrador de FÉLIX y nacido indudablemente para administrador, es un ciudadano de unos cincuenta años, que de espaldas tiene todo el tipo de un descendiente de Moisés, de frente hace pensar en un israelita y de perfil parece un hebreo. Estas anomalías quedan explicadas cuando uno se entera de que ISAAC, que ha nacido en Polonia, es absolutamente judío. Viste un traje, un abrigo y un sombrero que adquirió, haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, en 1909, y conserva todas esas prendas en uso tolerable todavía gracias a continuos y exquisitos cuidados, que enternecerían a cualquier ama de casa escrupulosa. Lleva gafas, compradas en 1896 a un óptico amigo, que le hizo un gran descuento, y usa barba, porque es la única cosa que no se le desgasta al usarla; pero, para evitar toda posible contingencia de desembolso, se la arregla y recorta él mismo con unas tijeras que le pide prestadas al peluquero de su calle, y malas lenguas aseguran que si lleva barba es para no tener que llevar cuello. Quizá, después de decir esto, sea un poco ocioso añadir que ISAAC es muy rico, seguramente más rico que el propio FÉLIX, cuya fortuna administra. Al entrar los tres, sólo ALICIA, que va delante, se extraña de la presencia de RAMÓN, y avanza hacia él afectuosamente. PEDRO le quita el abrigo a FÉLIX.)

ALICIA.—(Con la mano tendida.) ¡Orellana! ¡Qué sorpresa! No nos veíamos hacía un siglo.

RAMÓN.—(Ayudándole a quitarse la capa.) Muchas gracias, porque hacía cuatro meses nada más.

ISAAC.—(A PEDRO, que intenta quitarle el abrigo.) No, hijo, no; me lo quitaré yo mismo, que no sé de qué tenéis las manos, que hacéis cisco la ropa. Si en lugar de cuidármelo yo se lo hubiera dejado cuidar a los demás, este abrigo no me habría durado arriba de quince

años. (Deja el abrigo en un sillón, con muchas precauciones.)

PEDRO.—Sí, señor. (Se lleva el abrigo de FÉLIX y la capa de ALICIA por la izquierda. Luego vuelve y queda junto a la puerta del foro.)

FÉLIX.—(A RAMÓN, que está al lado de ALICIA.) ¿Llevas mucho esperando?

RAMÓN.—No; acabo de llegar. (Ofreciendo su pitillera a ALICIA.) ¿Un cigarrillo? (ALICIA coge uno, e ISAAC, al ver la pitillera abierta se precipita sobre ella y coge otro.)

ISAAC.—(A RAMÓN.) Permítame... Hace un par de horas que no fumo. (Con expresión dolorida.) El tabaco resulta cada vez más caro.

RAMÓN.—Especialmente para los que lo compran.

ISAAC.—Es verdad. Y parece mentira que todavía haya locos que lo compren, cuando puede conseguirse gratis... (A FÉLIX.) ¿Me da usted lumbre, don Félix? No me acostumbro a gastar dinero en cerillas. Como he vivido tantos años en Norteamérica y allí las regalan en todas partes...

FÉLIX.—Podía usted usar encendedor. (Le enciende el cigarrillo.)

ISAAC.—(Con un gesto de pánico.) El encendedor es para ricos. Hay que pasarse la vida echándole gasolina. Y cuando no le falta gasolina, le falta piedra. Todavía aquellos antiguos, que eran un pedazo de pedernal...; pero también tenía uno que comprar mecha. Créame: lo mejor es lo que yo hago: no fumar. (Fuma con deleite, tumbado en uno de los sillones.)

ALICIA.—(A RAMÓN.) ¿Y cómo usted por aquí a estas horas, Orellana?

RAMÓN.—¿A estas horas?

ALICIA.—Son las once de la noche.

RAMÓN.—Son las once de la noche para usted, que se habrá levantado a la una de la tarde; pero para mí, que me he levantado a las nueve de la noche, son las diez en punto de la mañana.

ALICIA.—¿Y a qué hora se acostará usted?

RAMÓN.—Para mí, a las doce de la noche.

ALICIA.—¿Qué serán...?

RAMÓN.—Para usted, las dos de la tarde.

ALICIA.—Esa existencia tan aritmética me produce vértigos.

RAMÓN.—Pues ya ve usted: aún hay quien dice que calculo poco mi vida...

ALICIA.—¡Qué injusticia! (Intrigada, sonriendo.) Pero... ¿el motivo de esta visita a las once de la noche, hora nuestra y de Greenwich, que son las diez de la mañana tuyas...?

FÉLIX.—Pues ya puedes suponértelo: ha venido a desayunar con nosotros. (Ríen.)

RAMÓN.—(Después de reír él también.) Precisamente, precisamente. (Volviéndose hacia PEDRO.) Pedro...

PEDRO.—Señorito...

RAMÓN.—Tráeme jamón cocido, huevos duros, frutas frescas,

mermeladas, tostadas con mantequilla y café con leche. (A FÉLIX, en son de excusa.) Perdona, pero ya sabes que yo tengo costumbre de desayunar a la inglesa.

ISAAC.—(Dejando escapar su irritación.) ¡Es una gran suerte tener ciertas costumbres!

FÉLIX.—(A ISAAC.) Si le gusta, nada le impide adoptar esa costumbre desde ahora mismo.

ISAAC.—Muchas gracias, pero soy su administrador, y ya sabe usted, don Félix, que verle hacer gastos inútiles me pone enfermo.

RAMÓN.—¿Y a qué llama usted «gastos inútiles»?

ISAAC.—A todos los gastos.

FÉLIX.—Quizá es un poco exagerado.

ISAAC.—Quizá; pero es cuestión de carácter.

RAMÓN.—¿De carácter, o de raza?

ISAAC.—(Levantándose airado.) ¿De raza? ¿Tendrá usted el valor de decir que los judíos somos tacaños?

RAMÓN.—Me libraría mucho de calumniarlos.

ISAAC.—¡Ah, vamos! (Vuelve a sentarse.) No iba a tomar más que agua; pero, para que aprenda aquí el señor Orellana, tráeme el agua con azúcar, Pedro.

PEDRO.—Sí, señor.

FÉLIX.—(A PEDRO.) Ya lo has oído, y para la señorita y para mí, una taza de café y otra de tila.

ALICIA.—(Asombrada, a FÉLIX.) Pero ¿vas a tomar tila?

FÉLIX.—(A PEDRO.) Una taza de tila bien cargada.

PEDRO.—Sí, señor. (Se va por el foro.)

ALICIA.—¡Qué absurdo! Tomar tila... (Mirándole fijamente.) ¿Sabes que te encuentro muy extraño esta noche?

ISAAC.—(Aparte, a RAMÓN.) La misma escena de cuando acabó con las otras.

RAMÓN.—(Aparte.) Sí; la misma escena.

ISAAC.—(Aparte.) Pero lo bueno vendrá luego.

RAMÓN.—(Aparte.) Sí; quizá venga luego lo bueno.

ALICIA.—(Que se ha levantado, pasando junto a FÉLIX). Hace ya horas, Félix, que te noto algo raro... ¿No dices tú que las mujeres sólo tenemos instinto? Pues el instinto me anuncia hoy no sé el qué... (Se queda mirando a ISAAC, y tiene una brusca idea. A FÉLIX, tímidamente, con miedo.) ¿Es que...? ¿Es que te van mal los negocios? Esa conferencia de antes con Isaac... La pérdida de valor de los Explosivos, que tanto ruido ha armado y que... (Va a seguir, pero la detiene FÉLIX con un gesto.)

FÉLIX.—Tranquilízate. Armar ruido es la misión de los explosivos. Y en cuanto a mi conferencia de antes con Isaac, sólo va a reportar beneficios para ti.

ALICIA.—¿Beneficios para mí?

FÉLIX.—Sí.

ALICIA.—(Súbitamente alegre. Le abraza y le besa.) ¡Estás en todo! Apuesto a que ya has pensado en que se echa encima la temporada de primavera y en que me pilla sin nada que ponerme...

(Separándose de él con frivola reflexión.) ¿Por qué las mujeres estaremos siempre sin nada que ponernos?

RAMÓN.—Porque quieren ustedes ponerse demasiadas cosas.

ALICIA.—Entonces, la solución para los hombres quizá será que nos hagamos nudistas las mujeres.

ISAAC.—(Descubriendo el Mediterráneo.) ¡Caramba, qué idea!

RAMÓN.—Tampoco es solución. Lo sé directamente porque tengo una amiga nudista.

ISAAC.—(Interesadísimo.) ¡Una amiga nudista!

ALICIA.—(Mirando con curiosidad a RAMÓN.) ¿Y hay emoción en tener una amiga nudista?

RAMÓN.—Para los amigos de uno, extraordinaria. Y para uno mismo... Cuando ella, por ejemplo, está en el cuarto de baño y uno llama a la puerta y ella dice con voz angustiada: «¡No entres! ¡Espera un momento..., que aún no estoy desnuda del todo!» Pero le aseguro a usted (A ISAAC.) que esa muchacha, siendo nudista, gasta en ropa el mismo dinero que si no lo fuese.

ISAAC.—(Con un gesto de asco.) ¡Qué desilusión! Ver que todas gastan lo mismo es lo que le mantiene a uno soltero.

FÉLIX.—Isaac, la única diferencia está en que las que no son nudistas se hacen la ropa para ponérsela, y las nudistas se hacen la ropa para quitársela.

ISAAC.—Pues, si se mira, lo último es preferible.

FÉLIX.—(Recalcando la frase.) Sí; si se mira, sí... (Ríen de nuevo.)

RAMÓN.—¿Quién dijo que cuesta más vestir a una mujer que desnudarla?

FÉLIX.—Tú.

RAMÓN.—Es verdad. Yo lo dije. Ya no me acordaba.

ALICIA.—Resumiendo: que para los hombres la mejor solución es prescindir de las mujeres... (Después de esta frase, dicha superficialmente e ignorando su oportunidad, hay un silencio. Los tres hombres se miran significativamente, y ALICIA flota unos instantes en medio de ese silencio. Mirando a los tres.) El que calla, otorga.

(Reaccionando de un modo optimista.) Pero, en vista de ello, voy a ayudar a Pedro a servirles a ustedes, para demostrarles que soy una mujer imprescindible... (Se va por el foro, todavía sonriente.)

ISAAC.—(Que la ha seguido con la vista hasta verla desaparecer.) Sí, ya verás... Ya verás... (A FÉLIX.) Me parece que se lo figura.

FÉLIX.—Está inquieta y ventea el peligro; pero no se figura nada. Ya lo ha oído usted: se cree imprescindible.

RAMÓN.—Todas las mujeres se creen imprescindibles.

FÉLIX.—Y todas lo serían; pero no hay nadie que peor conozca su oficio que la mujer.

ISAAC.—¿En qué consiste para usted ese oficio?

FÉLIX.—En la seducción constante. Las mujeres se quejan de que los hombres nos cansamos de ellas, sin pensar en que conquistan por la seducción, y en que si no mantienen lo conquistado es porque a lo largo de los días dejan de ser seductoras.

RAMÓN.—Para mí, la realidad está en que, en cuestiones de amor, la mujer y el hombre somos ferrocarriles de trayecto limitado, y como la existencia es un viaje muy largo, se ve uno obligado a cambiar varias veces de tren.

FÉLIX.—Sin duda, por ello tú y yo nos hemos pasado la vida haciendo transbordos...

ISAAC.—Que al único que le han costado dinero es a usted.

FÉLIX.—Isaac, acerca de eso, sentiría tener que volver a repetirle que mi dinero es mío.

ISAAC.—Por ahora, sí. Dentro de unos años, si esto sigue, su dinero será de unas cuantas mujeres, que se acordarán de usted todo lo que los favorecidos con el «gordo» se acuerdan del director general de Loterías. Voy a leerle a usted una página, copiada de mi libro de cuentas, que da más miedo que el «Rocamble». (Saca un papel, y lee.) «Año mil novecientos dieciocho: a Magdalena Lorente, sesenta mil, más el diez por ciento entregado a don Ramón por llevársela, sesenta y seis mil. A Carmen Morales, cincuenta mil, más el diez por ciento a don Ramón, cincuenta y cinco mil. Año mil novecientos diecinueve: a Denise Laurier, setenta y cinco mil, más el diez por ciento de don Ramón, ochenta y dos mil quinientas. Año mil novecientos veinte: a Felisa Lafuente, cuarenta y seis mil, más el diez por ciento de...»

FÉLIX.—(Interrumpiéndole.) Isaac, con los totales basta.

ISAAC.—Los totales... Me maravilla la serenidad con que oye usted siempre los totales, don Félix. (Da la vuelta al papel, y lee al final de la página.) «Total de dinero facilitado a las señoras cuyos nombres se especifican arriba, en concepto de indemnizaciones para prescindir de sus servicios...» (Dejando de leer. En tono aclaratorio.) De alguna manera había que ponerlo...

FÉLIX.—¡Claro, claro!

ISAAC.—(Reanudando la lectura.) «... por prescindir de sus servicios cerca de don Félix de Unzueta desde mil novecientos dieciocho, pesetas... (Al decir la cifra, gime angustiosamente.) ieseiscientos veinticuatro mil ochocientas!»

RAMÓN.—¿Qué harán las mujeres con el dinero?

ISAAC.—(Leyendo de nuevo, después de lanzar una mirada sobre RAMÓN.) «Y total entregado a don Ramón Orellana en concepto de diez por ciento de la suma, isesenta y dos mil cuatrocientas ochenta!»

RAMÓN.—¡Parece mentira cómo se va el dinero!

ISAAC.—Conque cómo se va el dinero, ¿eh?... En fin...: total: total entre lo que se llevaron las «unas» y lo que se le entregó al «otro» (Leyendo.) «ipesetas seiscientas ochenta y siete mil doscientas ochenta!» (Se limpia el sudor de la frente.) ¿Cree que «podemos» resistirlo, don Félix?

FÉLIX.—Usted, por lo visto, no.

ISAAC.—Pues «vamos» a la ruina. (Dolorosamente.) ¡Pensar que hemos regalado a unas cuantas mujeres ciento treinta y siete mil duros! ¡Dos millones setecientos cuarenta mil reales! ¡Seis millones ochocientas setenta y dos mil ochocientas perras gordas!...

FÉLIX.—Le relevo a usted del trabajo de calcular las perras chicas.

ISAAC.—¡Y todo por liquidar unos «asuntos» que ya habían costado diez veces más antes de la liquidación!

FÉLIX.—(Molesto.) Basta, Isaac...

ISAAC.—¡Y para que ellas se gasten el dinero sabe Dios cómo!

FÉLIX.—(Agrio.) ¡Basta!

ISAAC.—¡Y, en resumidas cuentas, para no ser feliz!

FÉLIX.—(Irritado.) ¡He dicho que basta!

ISAAC.—(Atemorizado.) Sí, señor; sí, señor... (ISAAC se encoge en un sillón. RAMÓN fuma en silencio. FÉLIX, se pasea, con la mirada fija en la alfombra.)

FÉLIX.—(Secamente.) Adminístreme usted el dinero, pero no me administre la alegría. (Una pausa. Reaccionando, en tono ligero y encarándose con ISAAC.) En todas las mujeres he buscado la dicha; no la he encontrado en ninguna, y entonces las he apartado de mi lado. El amor es un timo. ¿Por qué le extraña que los timos cuesten dinero?

ISAAC.—Pero... ¡tanto, don Félix!

RAMÓN.—(A ISAAC.) A ustedes, hasta los timos les gustan baratos.

FÉLIX.—Todo aquello que el hombre emprende es un timo. Amar, el timo de la dicha; trabajar, el timo del tesoro escondido; cazar, el timo de los perdigones...

RAMÓN.—Y morir, el timo del entierro.

FÉLIX.—Pero saber eso no le impide a cada cual buscar la felicidad donde crea encontrarla. Yo he consumido la juventud en amar y en viajar, que, como ha insinuado antes Orellana, son una misma cosa. Cada país, igual que cada mujer, es fascinador cuando no se conoce, y está lleno de interés y de misterio, y se piensa que va uno a habitarlo definitivamente; pero luego, conocido a fondo, se le descubre su semejanza con el anterior, su falta de misterio y de interés, y se dice uno: «Tampoco es ésta la tierra de promisión.» Y así se van conociendo países distintos y mujeres distintas... Al cabo, veinte años de viajes se resumen en la figura borrosa de un empleado de Aduanas, que pide el mismo pasaporte en siete idiomas diferentes, y veinte años de amores se resumen en la figura borrosa

de una mujer, que pide siete sombreros diferentes en el mismo idioma. Y entonces, uno se dice: «Ni más países ni más mujeres...».

RAMÓN.—(Frunciendo el ceño.) ¿Eh?

FÉLIX.—En lo sucesivo, los billetes del ferrocarril y las cartas de amor serán papeles mojados para mí...

ISAAC.—(Asombrado.) ¿Qué quiere usted dar a entender, don Félix?

FÉLIX.—Que me retiro de los... negocios, Isaac.

ISAAC.—(Estupefacto.) Que se retira de...

FÉLIX.—Sí. Que harto de perseguir la felicidad en el amor, y persuadido de que la felicidad del amor no es para mí, dimito esta noche mi cargo de hombre de mundo.

RAMÓN.—(Entre dientes.) ¡Atiza!

ISAAC.—¿Y qué va usted a hacer?

FÉLIX.—Írme a vivir para siempre a mi finca de Robledo.

ISAAC.—¿De veras? Es una decisión sensatísima. Allí podrá usted ahorrar...

RAMÓN.—(Levantándose, pasando al lado de FÉLIX y poniéndole la mano en el hombro.) Muy bien, Félix. Te felicito por haber encontrado tu camino de Damasco, y sólo lamento que tu camino de Damasco esté en ese pueblo de la provincia de Segovia, porque allí no organiza excursiones la Agencia Cook. Te vas a chupar una vida ideal, con el médico, el boticario y el secretario del Ayuntamiento. Te aconsejo un perro para tus paseos de día, y una pistola del siete sesenta y cinco para tus paseos de noche. No salgas con los dos a un tiempo, porque peligra el perro. Yo (Suspirando falsamente), ser repugnante, incapaz de arrepentimiento, me quedaré aquí, levantándome tarde y envenenándome con la antihigiénica vida de la ciudad. ¡Es mi sino! (Solemnemente.) Y puesto que nuestras existencias se separan, liquidemos, Félix... Alicia, tu última desilusión, va a volver de un momento a otro ayudando a Pedro y con una bandeja en las manos. Tú vas a decirle que todo ha acabado entre los dos. Ella va a tirar la bandeja y a poner el grito en el cielo, según costumbre. Entonces, yo afearé tu conducta, diré que no tienes corazón, según costumbre también, y le declararé que la adoro en silencio desde que entré en quintas. Finalmente, don Isaac descubrirá la cifra con que la indemnizas, y, satisfechos su sistema económico y su vanidad, podré llevármela y quitártela de en medio. Es el último sacrificio que hago por ti, y pienso hacerlo a conciencia; pero ya sabes cuánto me anima a sacrificarme el haber cobrado por adelantado.

FÉLIX.—(Volviéndose a ISAAC.) El cheque de don Ramón, Isaac.

ISAAC.—(Como si despertara de un sueño.) ¿El cheque? ¡Ah, sí! El cheque... (Saca una gruesa cartera, rebusca entre cien papelotes y extrae el cheque. Se lo da a RAMÓN, suspirando.) Tenga usted.

RAMÓN.—(Pasando una mirada por el cheque. Extrañado.) Mil pesetas...

FÉLIX.—¿Cómo mil pesetas?

RAMÓN.—Un uno y tres ceros.

FÉLIX.—Isaac, le recuerdo que el diez por ciento de veinte mil duros son diez mil pesetas...

ISAAC.—(Lloroso.) Pero ¿se obstina usted, don Félix, en que «demos» veinte mil duros de indemnización a... (Con desprecio.) a... esa mujer?

RAMÓN.—(Con gravedad cómica.) Más respeto... «Esa mujer», como usted dice, será mi novia dentro de un rato.

ISAAC.—(A FÉLIX.) ¿Y diez mil pesetas a... aquí, a don Ramón?

RAMÓN.—(Como antes.) Repito que más respeto. «Aquí, don Ramón», soy yo.

ISAAC.—(A FÉLIX.) ¿Se obstina usted?

FÉLIX.—Me obstino, Isaac. Y, además, es la última vez que le ordeno pagar mis errores. Pague.

ISAAC.—Pague... Esa palabra me da fiebre. (Cogiendo el cheque de las manos de RAMÓN.) Traiga. Extenderé los cheques nuevamente.

(Sonriéndole a FÉLIX con toda la seducción posible, a ver si le convence.) ¿Siete mil quinientas para don Ramón?

FÉLIX.—(Inflexible.) Diez mil.

ISAAC.—(Apabullado.) ¡Diez mil!

RAMÓN.—Vendré a buscarlo mañana. Y ahora... (Mirando hacia el foro.) prepárate a actuar por última vez, Félix, que yo voy a hacer la mejor «seducción» de mi vida. Ahí vuelve Alicia.

FÉLIX.—(Levantándose, con un suspiro.) Vamos allá.

ISAAC.—Dios nos coja confesados...

FÉLIX.—Retire las cosas que puedan romperse, Isaac.

ISAAC.—Sí, señor; sí, señor. (Empieza a retirar de la escena, nerviosamente, cacharros, pequeñas esculturas y objetos frágiles. Por el foro entran ALICIA, seguida de PEDRO. ALICIA trae, en efecto, una bandeja con las cosas que pidió RAMÓN, y PEDRO lleva otra bandeja con el vaso de agua azucarada que se lanzó a exigir ISAAC, y tres tazas, un servicio de café y una tetera. Toda la vajilla, incluídos los platos, es de metal blanco.)

ALICIA.—Aquí está todo, Pedro se ha empeñado en que trajésemos el servicio de plata.

PEDRO.—(Humildemente.) Me he permitido aconsejarlo, porque así, si se tira algo al suelo, no se rompe...

RAMÓN.—¡Claro!

ISAAC.—¡Claro, claro! (Inicia el mutis izquierda con los objetos recogidos.)

ALICIA.—(A ISAAC.) ¿Qué hace usted? (ISAAC se va sin contestar. A los demás, refiriéndose a ISAAC.) ¿Adónde va con todo eso?

RAMÓN.—Se lo llevará para que no se estropee. Como anda siempre preocupado con la economía...

PEDRO.—No consiente ni que se le toque la ropa.

RAMÓN.—Y creo que por las noches para el reloj, con objeto de que no se le desgaste inútilmente la maquinaria.

ALICIA.—(Riendo.) ¡Qué exageración! (Después de colocar en la mesita el contenido de las bandejas. A RAMÓN.) Está usted servido, Orellana.

RAMÓN.—Muchas gracias. (Por la izquierda vuelve a entrar ISAAC.)

ALICIA.—(Volviéndose hacia él.) Don Isaac.

ISAAC.—Presente.

ALICIA.—(Ofreciéndole en un platillo el vaso de agua.) Su vaso de agua con azúcar.

ISAAC.—Falta me hace. (Se lo bebe a sorbitos.)

ALICIA.—(A FÉLIX, brindándole una de las tazas.) Y tu tila.

FÉLIX.—¿Mi tila?

ALICIA.—Claro...

FÉLIX.—Perdona, pero la tila la he pedido para ti.

ALICIA.—(Extrañada.) ¿Qué?

FÉLIX.—Que la tila es para ti.

ISAAC.—(Aparte.) ¡Sopla! (Se acaba de beber el agua.)

PEDRO.—(Aparte.) ¡Ya se ha armado! (Se va discretamente por el foro.)

ALICIA.—(Sin comprender, sonriendo.) ¿Que la tila es para mí?

FÉLIX.—(Con entereza.) Sí.

ISAAC.—(Aparte, admirando a FÉLIX.) ¡Qué valor tiene!

FÉLIX.—(A ALICIA.) Tal vez no la necesites; pero es tan serio lo que tengo que decirte, que mi deber era pedirla, por si acaso.

ALICIA.—(Riendo.) ¡Vaya una ocurrencia! Nunca he tomado calmantes, y creo que no probaría ni gota... (Ligeramente, y sin intención ninguna.), aunque lo que tuvieras que decirme fuera que habíamos acabado para siempre...

ISAAC.—¡Oh! En este caso..., me la tomaré yo. (Coge la taza y se la bebe él, ante la mirada sorprendida de la muchacha.)

FÉLIX.—El instinto no te engañó antes, Alicia. Tú misma te has preguntado si la mejor solución para los hombres que perseguimos la felicidad no sería prescindir de las mujeres...

ALICIA.—¿Cómo?

FÉLIX.—No sé si tú has sido dichosa a mi lado; es difícil saber si las mujeres sois o no dichosas; es difícil saber hasta si estáis interesadas en serlo. Pero se trata de hablar de mí y no de ti...

ALICIA.—(Mirándole fijamente, porque ya ha comprendido de lo que se trata. Después de una pausa.) ¿Y tú?...

ISAAC.—(Que espera la bomba. Aparte.) ¡Ahora! ¡Ahora!...

FÉLIX.—Yo, Alicia, renuncio a perseguir el fantasma de la felicidad, y he resuelto que nos separemos.

ISAAC.—(Aparte.) ¡Ya! (Cierra los ojos y se tapa los oídos, aguardando la explosión. Pero no hay explosión, sino un gran silencio. ALICIA,

lentamente, se sienta en uno de los sillones. ISAAC, en vista de ello, se destapa los oídos y abre los ojos poco a poco. RAMÓN frunce el ceño, sin ocultar el desagrado con que ha oído a FÉLIX. En cuanto a éste, se pasea pausado, mientras habla en un tono entre melancólico y sarcástico.)

FÉLIX.—He buscado año tras año el amor: esa luz, ese estímulo, ese ensueño, esa embriaguez, ese paraíso artificial... He buscado año tras año el amor... Y todo lo que he encontrado ha sido mujeres que se me han colgado del brazo. (En tono de broma despectiva.) Amar es llevar un brazo en cabestrillo. (Resumiendo.) Pero ya no soy joven, y esa postura me cansa. Te devuelvo la libertad.

ALICIA.—(Con un soplo de voz, como hablando consigo misma.) ¿Y para qué quiero yo la libertad?

FÉLIX.—Para volver a perderla. Todo el mundo quiere la libertad para volver a perderla. Eres joven; aún puedes intentar la dicha junto a un hombre menos desilusionado que yo. Isaac tiene un cheque para ti... (A ISAAC.) Le recuerdo que vuelva a extender el cheque por las cien mil pesetas...

RAMÓN.—(Avanzando un paso hacia FÉLIX.) ¡Todo eso es infame!

FÉLIX.—¿Eh?

RAMÓN.—¡Digo que todo eso es infame! (FÉLIX y él quedan en primer término, cerca del proscenio, frente a frente. RAMÓN se expresa con energía.) No hay nada que justifique el hablarle así a una mujer que ha perfumado con sus cabellos nuestra almohada. Te admiras de no haber encontrado nunca el amor; pero no te preguntas si lo has merecido alguna vez. (FÉLIX retrocede un paso, asombrado del ímpetu y del brío de RAMÓN.) Afortunadamente, cada guitarrista arranca sonidos distintos a una misma guitarra, y cada mujer reacciona de diferente manera en manos de un hombre que en manos de otro... Haces bien en devolverle la libertad a Alicia; yo procuraré quitarle esa libertad que le devuelves tú...

ISAAC.—(Pasando al lado de RAMÓN e interrumpiéndole.) No se moleste usted más, que Alicia se ha marchado...

FÉLIX y RAMÓN.—(Al mismo tiempo.) ¿Eh? (Se vuelven, sorprendidos. En efecto, ALICIA se ha levantado suavemente del sillón en el que permanecía ensimismada, y se ha ido por la izquierda a las primeras frases de RAMÓN.)

FÉLIX.—(Estupefacto.) ¿Que se ha marchado?

RAMÓN.—(Sin disimular su desagrado.) ¡Se ha marchado!

ISAAC.—(Señalando hacia la izquierda.) Se ha ido ahí dentro, y es lástima que no haya querido oírle (A RAMÓN.), porque ha estado usted mejor que nunca.

RAMÓN.—(Dejando traslucir una cierta amargura.) Sí. Es lástima, porque es la única vez que me interesaba realmente hacerme oír. (Sombrío, en un tono desconocido en él.) Pero cuando no ha querido

oírme, es que no vale la pena de intentar nada...

FÉLIX.—(Extrañado.) ¿Qué dices?

RAMÓN.—Digo que esa mujer me interesaba; que acabo de ver que a ella le interesas tú, con lo cual ha dejado, en el acto, de interesarme; que renuncio, por tanto, a llevármela...

FÉLIX.—¿Eh?

RAMÓN.—(Ya en su tono ligero de siempre.) Que Isaac, esta vez, se ahorra mi cheque...

ISAAC.—¿Cómo? (Su cara expresa una alegría radiante.)

RAMÓN.—...y que los duelos, con jamón, son menos. (Se sienta ante la mesita, dispuesto a tomarse el «servicio».)

FÉLIX.—(Acercándose a él, gravemente.) Ramón... ¿Es cierto que Alicia te interesa de veras?

RAMÓN.—Sí. Pero está enamorada de ti, y ya lo he olvidado. Yo no soy de esos que, por no ser felices, se retiran a un pueblo de la provincia de Segovia... (Come con apetito.) Yo lo aguanto todo en la calle de Alcalá. (Sigue comiendo. Por la izquierda aparece ALICIA. Se ha puesto su capa; lleva el bolso debajo del brazo y los guantes a medio ceñir. Avanza unos pasos hacia la puerta del foro y hace sonar un timbre. Hay una pausa llena de sentimientos. FÉLIX mira al suelo, pensativo. ISAAC, en un rincón, rompe en pedacitos el cheque de RAMÓN, que ha extraído de la cartera. RAMÓN sigue comiendo, sin ocuparse ya de ALICIA para nada. Por el foro aparece PEDRO.)

ALICIA.—(A PEDRO.) Avise un coche.

PEDRO.—Hay uno abajo esperando, señorita.

ALICIA.—(Mirando sarcástica a FÉLIX.) ¡Cuánta previsión! (PEDRO se va de nuevo, silenciosamente, por el foro. ALICIA, en tono ligero, conseguido a fuerza de nervios.) Mañana enviaré a recoger las cosas que aún me pertenecen. (Su voz se vuelve opaca y sin brillo.) Tú has buscado el amor sin encontrarlo; yo lo había encontrado sin haberlo buscado...

FÉLIX.—En sentimiento, lo más difícil es coincidir.

ALICIA.—(Apenada, pero resuelta.) Sí; lo más difícil es coincidir.

RAMÓN.—(A ALICIA, con el tenedor en el aire, alegremente y con un rencor subterráneo.) Amiga mía, el amor es como una goma elástica que dos seres mantienen tirante, sujetándola con los dientes; un día, uno de los que tiraban se cansa, suelta, y la goma le da al otro en las narices.

FÉLIX.—(Avanzando un paso hacia RAMÓN. Hostilmente.) ¡No te tolero que hables de esa forma!

ALICIA.—(Sonriendo con tristeza. A FÉLIX.) ¿Por qué no tolerárselo? Ha hablado lo misma que antes tú... (Tendiéndole la mano.) ¡Adiós, Félix! No te digo que seas feliz, porque, por lo visto, hasta ahora no has logrado serlo, y al Destino no le gusta rectificarse. En cuanto al cheque que me ofreces (Volviéndose a ISAAC.), rómpalo usted, don

Isaac; así conseguiré que de los tres, uno al menos, me recuerde toda su vida. (Se va sin detenerse ya, por el foro. Durante unos instantes, los tres hombres permanecen silenciosos; FÉLIX meditabundo; RAMÓN, agotado ya el «servicio», bebe a pequeños sorbos su taza de café; ISAAC, que está reventando por hablar, rompe, al fin, la pausa.)

ISAAC.—(A FÉLIX y a RAMÓN, con cierta timidez de hombre que no se decide a descubrir su pensamiento.) Ustedes comprenderán... Hace buena noche, pero se marcha sola, y necesitará alguien que le ayude a buscar un hotel... Uno también tiene sus ilusiones sentimentales... Y una mujer que renuncia a cobrar veinte mil duros... ¡Si ésa no es la mujer ideal! Con permiso. Voy a acompañarla. Hasta mañana... (Se va por el foro, después de recoger su abrigo y su sombrero. Al quedar solos, FÉLIX se dirige al balcón y apoya la frente en las vidrieras.)

FÉLIX.—¿Ha dicho que hace buena noche?

RAMÓN.—Sí.

FÉLIX.—Pues debe estar idiota, porque llueve a más y mejor.

RAMÓN.—¿Llueve?

FÉLIX.—Diluvia. Y empieza la tormenta. (Se oye caer la lluvia. Unos relámpagos iluminan las vidrieras. Por el foro aparece PEDRO.)

PEDRO.—¿Necesita algo el señor?

FÉLIX.—Nada. Apaga las luces y acuéstate.

PEDRO.—Que descansen los señores. (Apaga las luces de las paredes e inicia el mutis. FÉLIX le habla, y eso le detiene en el foro.)

FÉLIX.—¿Se han ido ya don Isaac y la señorita?

PEDRO.—Sí, señor.

FÉLIX.—¿En coche?

PEDRO.—No, señor. A pie, paseando y hablando; como hace tan buena noche... (Saluda y se va.)

RAMÓN.—(Sorprendido.) ¿Eh?

FÉLIX.—Este es tan idiota como el otro. (Se sienta en un sillón. Fuera arrecia la tormenta y silba el viento. RAMÓN se levanta y queda, en pie, enfrente a FÉLIX.)

RAMÓN.—¿En qué piensas?

FÉLIX.—Pienso en el fracaso de mi juventud... y en el de la tuya...

RAMÓN.—¿En el de la mía? Se fracasa cuando se intenta algo sin éxito. Tú has fracasado, porque has buscado el amor y la felicidad inútilmente. Pero ¿yo?... yo en mi vida he buscado nada...

FÉLIX.—(Acabando la frase.) ...por miedo de no encontrarlo.

RAMÓN.—(Quitándole importancia a su respuesta.) A lo mejor... (Otra pausa. Más relámpagos iluminan momentáneamente la escena, y se oyen truenos y el fragor del viento.)

FÉLIX.—Sin embargo, esta noche, por primera vez, te he visto emocionado...

RAMÓN.—Es cosa del estómago. Me ha ocurrido en otras ocasiones;

pero comiendo se me quita. La materia y el espíritu están muy cerca... Según parece, un sabio austríaco ha descubierto que el romanticismo es una afección gástrica. Y ya sabes que el rubor obedece a un defecto de la circulación. Tú debes de tener algo de hígado... Aparte de eso, coincido, desde luego, contigo, en que la vida es una broma de mal gusto.

FÉLIX.—Desde que nacemos, estamos indefensos contra el Destino y somos impotentes para adivinar las trampas y las desilusiones que ese Destino nos prepara. Diríase que alguien nos contempla regocijado y se ríe de nuestros apuros... (Un golpe de viento abre de par en par, en este momento, las vidrieras del balcón del foro, y fuera se oye reír a carcajadas. FÉLIX se pone en pie como electrizado. RAMÓN vuelve bruscamente la cabeza hacia el balcón.) ¿Qué es eso?

RAMÓN.—El viento.

FÉLIX.—¿Y quién se ríe?

RAMÓN.—(Asomándose un instante a la balaustrada del balcón.) Un borracho, en la calle. (Cierra las vidrieras y se encara de nuevo con FÉLIX, que ha vuelto a sentarse.) ¿Decías?

FÉLIX.—Decía... (Cambiando de tono.) ¿No te da la impresión de que ha entrado alguien?

RAMÓN.—¿Que ha entrado alguien? ¿Dónde?

FÉLIX.—Aquí; al abrirse el balcón.

RAMÓN.—Félix: lo que tú tienes no es del hígado; es de la cabeza.

FÉLIX.—(Recobrando el tono de antes.) Decía que somos impotentes para adivinar nuestro destino, y, a veces, he pensado si no ejercerá cierta influencia sobre los hombres Satanás. Porque, es indudable que obedece a un impulso perverso y diabólico el mantenerse ciegos ante el Destino, estrellándonos contra su adversidad. (Una nueva carcajada resuena; pero esta vez, en escena, junto a los dos personajes, que se hallan momentáneamente de espaldas uno a otro.) ¿Por qué te ríes?

RAMÓN.—¿Yo? ¿No te has reído tú? (Hay un breve silencio, FÉLIX se levanta excitado.)

FÉLIX.—¿Lo ves? ¡Te he dicho que ha entrado alguien! (RAMÓN va al foro rápidamente y enciende las luces de las paredes. No hay nadie en escena más que ellos dos; pero en el mismo punto se oye una voz al lado de ambos.)

LEONARDO.—Se está mejor a oscuras. Apaga, Orellana.

RAMÓN y FÉLIX.—(Estupefactos.) ¿Eh?

LEONARDO.—Siéntate, Unzueta.

FÉLIX.—(Hablando al vacío.) ¿Quién es usted?

LEONARDO.—Ya sabréis que me llamo Lucifer, que significa «el que lleva la luz»; pero, como me llamo también Mefistófeles, que quiere decir «el enemigo de la luz», en realidad estoy mejor a oscuras.

Ramón, apaga las luces. (RAMÓN obedece.)

RAMÓN.—Está usted servido. (Se inclina hacia el sitio donde ha sonado últimamente la voz.)

LEONARDO.—Muchas gracias. Siéntate junto a Unzueta (RAMÓN obedece.), y yo lo haré en este otro sillón, frente a vosotros. (Uno de los sillones se desliza solo y se coloca frente a RAMÓN y a FÉLIX.) Hablemos. Pero no me llaméis Lucifer, ni Mefistófeles, ni Satanás. Llamadme Leonardo, que es como me llamaban las brujas en la Edad Media, en la época en que mis apariciones eran frecuentes.

RAMÓN.—(Inclinándose hacia el sillón que se ha movido solo y extendiendo en el vacío su pitillera.) ¿Un cigarrillo, Leonardo?

LEONARDO.—No, gracias; estoy harto de echar humo. En cambio, puedo darte fuego. (Del extremo del cigarrillo de RAMÓN brota una pequeña llamarada.)

RAMÓN.—(Encantado.) ¡Comodísimo! (Se retrepa en el sillón, fumando.) La Humanidad está lejos de inventar un mechero automático tan perfecto.

LEONARDO.—La Humanidad sigue siendo tan imbécil como hace tres mil años. Pero no hablemos de la Humanidad.

RAMÓN.—Hablemos de personas decentes.

FÉLIX.—Hablemos de usted.

LEONARDO.—¡Amabilísimo! Aunque poco puede decirse de mí que no se sepa. Que existo oficialmente desde el Concilio de Praga... Que fui procesado dos veces en la Edad Media... Que...

RAMÓN.—¿Es verdad que fue usted el que construyó el acueducto de Segovia?

LEONARDO.—¡Qué risa! No, hombre. Eso son cosas de España... En España, cuando comenzaron a circular los automóviles, también se dijo que eran obra mía; y yo lo único que hago es ponerles delante los árboles de las carreteras. España siempre ha vivido preocupada por mí. ¡Encantadora España! Sólo ella me ha hecho justicia, levantándose un monumento.

FÉLIX.—¿Un monumento?

RAMÓN.—¿En España?

LEONARDO.—¡Claro! En el Retiro: el «Ángel caído».

FÉLIX y RAMÓN.—(Al mismo tiempo.) ¡Es verdad!

LEONARDO.—En Madrid es el primer monumento que contemplan los niños... Y un refrán español es encenderle una vela a Dios y otra a mí... Yo adoro a España; su sol, sus mujeres, sus vinos... ¡Y su descontento eterno!... ¡No hay país igual!

RAMÓN.—Pues usted puede saberlo bien, porque es un gran turista...

LEONARDO.—Sí. No puedo estar quieto. He nacido para la agitación. Empecé tentando a los hombres por la carne; pero desde que las piscinas públicas descubrieron lo feo que es el desnudo, les tiento por el espíritu.

FÉLIX.—¿De qué manera?

LEONARDO.—Imbuyéndoles ideas contrarias a las de Dios... Con arreglo a éstas, el hombre debe esperar la dicha después de muerto. Con arreglo a las mías, el hombre debe encontrar en vida la felicidad.

FÉLIX.—¿Y no la encuentra?

LEONARDO.—(Después de reír, como antes.) La felicidad, en vida...

(Ríe.) ¡La felicidad, en vida! ¿La has encontrado tú?

FÉLIX.—Pero el hombre se dará cuenta un día de que le engañas...

LEONARDO.—Lleva siglos sin darse cuenta. Le ciega el ansia de ser feliz.

FÉLIX.—Si uno conociera de antemano las desgracias que se le avecinan, se podría ser dichoso.

(Suenan, más estridentes y prolongadas que nunca, las carcajadas de LEONARDO.)

LEONARDO.—Porque te he oído antes decir eso, es por lo que estoy aquí. Me eres simpático por tu crueldad, por tu cinismo y por lo poco que te ha importado el dolor ajeno cuando se trataba de tu propio placer. ¡Eres de los míos! Voy a proponerte...

FÉLIX.—¿Un pacto?

LEONARDO.—No. Eso ya no lo estilo. No haremos ningún pacto. Te haré... cinco advertencias.

FÉLIX.—¿Cinco advertencias?

LEONARDO.—Voy a advertirte las cinco desgracias más próximas que se ciernen sobre ti..., para... ¡para que las evites! (Suenan de nuevo las carcajadas.) Óyeme... El Destino es inevitable. No está en la mano de los seres ni su felicidad, ni su desdicha. Todo se halla previsto.

FÉLIX.—¿Quieres decir que no podré evitar las cinco desgracias que vas a advertirme?

LEONARDO.—Justamente. Y, por el contrario, al querer evitarlas, las provocarás.

FÉLIX.—Pero ¡entonces tu conducta es infame!

LEONARDO.—¡Claro! ¿Crees que soy una madre superiora?

FÉLIX.—(Impaciente.) ¡Acabemos!... ¿Cuáles son tus advertencias?

LEONARDO.—¿Quieres decir cuáles van a ser tus desgracias? Pues la primera, Unzueta, será conocer a una mujer.

FÉLIX.—(Interrumpiendo.) No conoceré más mujeres. Estoy resuelto a no conocer ninguna otra...

LEONARDO.—Sí. Conocerás otra aún, aquí mismo, en esta habitación, y esta misma noche, a las doce en punto.

FÉLIX.—Cerraré las puertas... (LEONARDO ríe.) Me iré de casa... (LEONARDO ríe.)

LEONARDO.—La segunda desgracia es que vas a enamorar a esa mujer.

FÉLIX.—¿Y si no quiero?

LEONARDO.—La enamorarás..., derrotando a un rival.

RAMÓN.—¿Y quién va a ser ese rival?

LEONARDO.—Tú.

RAMÓN.—¿Yo? Hasta ahora me he aguantado con las mujeres que éste (Por FÉLIX.) no quería...

LEONARDO.—Pues ahora serás su rival..., aunque te derrotará.

FÉLIX.—(Con cierta satisfacción inevitable.) ¡Le derrotaré!...

LEONARDO.—Sí. La tercera desgracia es que te arrepentirás de haberla enamorado a ella y de haberte enamorado tú mismo.

FÉLIX.—Pero si ella me quiere y yo la quiero, ¿no es eso la dicha?

LEONARDO.—Sí. Pero, siendo la dicha, te arrepentirás, y te arrepentirás tanto de quererla y de que ella te quiera..., que la precipitarás, aterrado, en los brazos del otro tres meses después.

RAMÓN.—¿En mis brazos?

FÉLIX.—¿Voy a hacer eso, queriéndome ella? ¿Queriéndola yo?

LEONARDO.—Sí. Es mi cuarta advertencia y tu cuarta desgracia...

FÉLIX.—(Impaciente.) ¿Y la última?

LEONARDO.—Para el hombre, ninguna desgracia es la última. Si te refieres a la quinta..., ésa te la advertiré dentro de un año, que es cuando tendrías que evitarla... (El sillón de LEONARDO se mueve como antes, indicando que el que lo ocupa se ha levantado de él. FÉLIX se alza también del suyo.)

FÉLIX.—Pero...

LEONARDO.—Se acabó el diálogo. Yo ya tengo las doce; voy siempre un poco adelantado, para llegar a punto a los sitios.

FÉLIX.—¡Se marcha!

LEONARDO.—La muerte, los médicos y yo hacemos las visitas cortas; son tres oficios rápidos. ¡Abur!

FÉLIX.—(Avanzando un poco, como si quisiera detener a LEONARDO.)

¡Un momento! ¡Un momento todavía!

RAMÓN.—¡Leonardo! (Corre hacia el foro y enciende de nuevo las luces de las paredes. Ambos miran a su alrededor, igual que al comienzo de la escena. Una de las vidrieras del balcón se abre, suavemente esta vez, y se estremece unos instantes, agitada por el paso de LEONARDO; luego vuelve a cerrarse, también lentamente. FÉLIX y RAMÓN permanecen mudos un instante.)

FÉLIX.—Se ha ido...

RAMÓN.—Se ha ido. Pero ¿ha llegado siquiera a estar aquí?

FÉLIX.—Sí. Ha estado. ¡Ha estado! (En este momento se oye un reloj de torre, que comienza a dar las doce campanadas de la medianoche.) ¿No oyes? ¡Las doce! ¡Ella va a venir!

RAMÓN.—¿La mujer que él anunció? Pues mira: me gustaría conocerla...

FÉLIX.—A mí, no. Vámonos. (Abre la puerta del foro.) ¡Vámonos!

RAMÓN.—(Cogiendo su abrigo y su sombrero de la silla. Seriamente.)

Pero ¿hablas en serio? Serénate. ¡Esto es absurdo!

FÉLIX.—¡Vámonos! ¡Vámonos!... Ella va a acudir... (Le arrastra al foro.)

RAMÓN.—¿Y si nos la encontrásemos, al bajar, en la escalera?

FÉLIX.—Es verdad. Vete tú solo. Yo cerraré las puertas. No entrará.

(Se va, casi llevándose a RAMÓN, por el foro, rápidamente. Queda la escena sola. El reloj continúa dando las campanadas. Al sonar la última, se abre de nuevo la vidriera del balcón y entra CORAL. Es una muchacha de dieciséis o diecisiete años, rubia, tenue, suave, con no se sabe qué de ingravido y de imponderable. En ella, la envoltura física es, más que física, metafísica. No es nada; no es nada más que una muchacha que acaba de asomarse al mundo, queriendo comprender; pero, en su misma sencillez y en su mismo no ser nada, lo es todo, y diríase que cuanto quiere comprender lo trae comprendido ya de otras regiones o de otras vidas. Su inocencia absoluta está llena de absoluta sabiduría, y sin haber empezado a vivir, se desprende de ella la emanación de quien ha vivido largamente. Es profundamente natural, y, como la Naturaleza misma, sabe cumplir sus fines sin conocerlos. Es, sencillamente, igual que una planta o que una flor; y si toda ella emana voluptuosidad y atracción, no se da cuenta, como las flores y como las plantas, ni de su atracción ni de su voluptuosidad. En ella, la sexualidad y la poesía se confunden, y verla sugiere una sensación primaveral. CORAL viste un salto de cama; la cabeza, en el semidespeinado de quien acaba de abandonar el lecho. CORAL es somnámbula y se halla bajo los efectos de un ataque sobrevenido en su casa momentos antes. Con los ojos abiertos y la mirada lejana, avanza en una actitud ausente; se dirige al sillón que ocupó antes LEONARDO, se sienta y se queda inmóvil. Por el foro, entonces, entra FÉLIX en la situación agitada en que se fue. Cierra tras sí y se apoya en la puerta con un gesto de descanso. Pero en el mismo instante descubre la presencia de CORAL y sofoca un grito. CORAL sigue inmóvil y ausente. FÉLIX avanza hacia ella con enérgico impulso, dispuesto a rechazarla; cuando va a hablar, por el balcón, desolada y alarmada, entra PEPITA, una doncella joven, de uniforme. PEPITA, de una ojeada, se da cuenta exacta de la situación y avanza a su vez, interponiéndose entre CORAL y FÉLIX y deteniendo a este último.)

PEPITA.—(A media voz, pero angustiosamente.) ¡Por Dios..., no la despierte!

FÉLIX.—¿Eh?

PEPITA.—Es somnámbula.

FÉLIX.— ¡Somnámbula!

PEPITA.—Vivimos aquí, al lado, desde anteayer... Se ha pasado por el balcón corrido... En la otra casa se marchó a la calle dos veces... No le diga nada... No le hable... (Suavemente inclina hacia atrás a CORAL, en el sillón, dejándola echada.) Déjela así... ¡Dios mío! Hacía tiempo que no le daba ningún ataque... Luego se queda quebrantadísima. Pero esta noche estaba muy inquieta. Yo, que iba a desnudarme, la

oía agitarse en sueños... y hablar...

FÉLIX.—¿Hablar?

PEPITA.—Sí. Cosas sin sentido. Y repetir un nombre: Félix.

FÉLIX.—(Estupefacto. Anonadado) ¡¿Félix?!

PEPITA.—Me decidí; entré en su cuarto..., y daban las doce cuando se levantó y se fue hacia el balcón...

FÉLIX.—(Entre dientes.) Daban las doce...

PEPITA.—No la toque... No le diga nada... Voy a buscar el frasquito de sales. Vuelvo en seguida. (PEPITA se va rápidamente por el balcón. Quedan solos en escena, CORAL y FÉLIX . Ella, siempre inmóvil, en el sillón, ha cerrado los ojos. FÉLIX avanza, paso a paso, hacia ella, lentamente, pero de un modo fatal, como quien avanza hacia su destino. Al fin llega a su lado y la contempla largamente en silencio, como sugestionado. CORAL está tan linda y brota de ella tal fascinación, que todas las fibras del alma de FÉLIX se conmueven. Su mano derecha se cierne sobre CORAL y le acaricia suavemente la frente y los cabellos. En ese mismo instante, dentro, se oyen unas carcajadas estridentes. FÉLIX, al oírlas, se sobrecoge; luego reacciona, como si le hubiera mordido una víbora, y va hacia el foro, abre la puerta y se dirige adentro.)

FÉLIX.—¿Quién se ríe? ¿Quién se ríe? ¡Pedro! (PEDRO aparece en el foro, sin cuello ni corbata, en mangas de camisa. FÉLIX le coge rudamente por el brazo.) ¿Quién se ríe ahí?

PEDRO.—Perdone el señor... Hoy es mi cumpleaños; me he tomado la libertad de traer a mi novia... Se ha emborrachado... Perdone el señor... No podía hacerla callar... Ya sabe el señor que las mujeres... (PEDRO descubre a CORAL y la mira con asombro.) ¿Eeh...?

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La habitación que en el piso de al lado corresponde, pared por medio, con la estancia en que ha transcurrido el primer acto. La distribución es, por tanto, inversa, y así, el balcón, exacto al que ya ha aparecido, no se halla en el foro derecha, sino en el foro izquierda, y la puerta grande con forillo de pasillo, que en el acto anterior se hallaba en el foro izquierda, aquí se abre en el foro derecha. De igual modo, la puerta que lleva a las habitaciones interiores se halla en el lateral contrario de antes; esto es, en la derecha. Por lo demás, el trazado arquitectónico y los detalles murales son exactos al decorado del acto primero. Y, en cambio, varían diametralmente los muebles y el atrezzo, que, según se ha dicho, en el piso de al lado eran marcadamente masculinos y aquí responden en todo a una feminidad absoluta: todo es delicado y frágil, igual que su dueña, y todo emana la voluptuosidad, la delicadeza y la poesía impremeditadas que ella emana también. Hay flores en un gran cacharro y peces en un pequeño acuario que se alza en la izquierda, cerca de la pared. En primer término, un poco hacia la derecha, una mesita librería, donde se ven varios tomos encuadernados en telas de color, y sobre ella, un velero en miniatura, de altos y esbeltos mástiles, evoca épocas pasadas y mares remotos. Junto a la mesa, sillones y un diván. En la izquierda también, un pequeño escritorio abierto y dejando ver papeles y cartas a medio escribir. Sobre el escritorio, un reloj moderno, de níquel y cristal, con una pequeña péndola que se agita incesantemente. Lámparas en las paredes.

Apenas han transcurrido unos instantes desde que acabó el acto anterior. Al levantarse el telón, las luces están encendidas y el balcón abierto de par en par. Hay un instante de pausa.

CORAL y FÉLIX entran por el balcón en la misma situación en que se hallaban en el acto anterior, aunque, naturalmente, CORAL ha vuelto en sí. CORAL, que es quien entra primero, todavía un poco vacilante, se detiene un momento al lado del balcón, oprimiéndose las sienas con los dedos. FÉLIX adelanta un paso hacia ella, dejando entrever su preocupación y su sobresalto. Parece que CORAL va a caer, y FÉLIX, previéndolo, llega a hacer ademán de sujetarla; pero ella reacciona.

EMPIEZA LA ACCIÓN

CORAL.—No es nada, no es nada... (Sigue avanzando, y FÉLIX, detrás.)

FÉLIX.—¿Se siente usted mejor?

CORAL.—Sí. Ya estoy bien. Muchas gracias. (Se sienta en uno de los

sillones, siempre oprimiéndose las sienes con los dedos, y cierra los ojos.)

FÉLIX.—Su doncella la siguió hasta mi casa cuando entró usted dormida. Me explicó lo que le sucedía a usted. Luego volvió aquí, a buscar un frasquito de sales...

CORAL.—(Hablando sin expresión, lo mismo que antes.) Sí, eso me despeja.

FÉLIX.—Y me encargó mucho que no la llamara, que no hiciera ruido; Pero...

CORAL.—(Con el tono de siempre.) Pero me despertaron aquellas risas... No parecían humanas. ¿Verdad?

FÉLIX.—¿Eh?

CORAL.—Yo he oído reír en algún otro sitio, no hace mucho, de aquella misma manera... ¿Dónde he oído yo reír así? (Por la derecha entra PEPITA, en dirección al foro, llevando en la mano un frasquito y la capa correspondiente al salto de cama de CORAL. Al ver a ésta y a FÉLIX se detiene, sorprendida.)

PEPITA.—¡Ah! Llevaba las sales, y...

CORAL.—Ya no hacen falta, Pepita. Me he despertado sola.

PEPITA.—Nunca le había ocurrido...

FÉLIX.—¿Nunca?

CORAL.—No. Nunca.

PEPITA.—Póngase la señorita la capa. (Va hacia CORAL y se la pone.)

CORAL.—Gracias.

PEPITA.—¿Quiere la señorita que...?

CORAL.—(Cortándola.) No. No necesito nada. Déjame.

PEPITA.—Pero ¿sin ayudarla a...?

CORAL.—(Cortándola nuevamente.) Sí. Déjame, Pepita. Acuéstate.

PEPITA.—(Mirando alternativamente a CORAL y a FÉLIX.) Sí, señorita...

Buenas noches... (Vuelve a mirarlos y se va por la derecha. CORAL queda nuevamente ensimismada en su sillón, tapándose los ojos con las manos. Hay una pausa. FÉLIX se vuelve hacia el foro, con ánimo de irse por el balcón. CORAL habla entonces en el tono inexpresivo de siempre como si se dirigiese a sí misma.)

CORAL.—Ya sé dónde he oído reír como reían antes en casa de usted...

FÉLIX.—(Deteniéndose.) ¿Dónde?

CORAL.—En sueños.

FÉLIX.—(Volviéndose otra vez junto a CORAL.) ¿En sueños?

CORAL.—(Sin apartar las manos del rostro y siempre como si hablara consigo misma.) Sí. Esta noche. Me dormí tarde: a más de las once.

FÉLIX.—¿Somnámbula?

CORAL.—No, no. Eso siempre viene después... No dormí de un modo natural. Y debí de soñar... No sé. Había tres hombres en una habitación... (FÉLIX la mira fuertemente.) parecida a la casa de usted.

FÉLIX.—A mi casa...

CORAL.—Uno, joven. Otro, de más edad, como usted. El tercero...

(Hace una pausa.)

FÉLIX.—¿Cómo era el tercero?

CORAL.—No lo recuerdo bien. Su rostro estaba en la sombra. Pero era el que se reía.

FÉLIX.—El que se reía...

CORAL.—Sí. El que se reía igual que se reían antes en casa de usted.

Pero (Separándose las manos del rostro.) nada de esto le importa a usted seguramente, ¿señor...?

FÉLIX.—Félix de Unzueta.

CORAL.—(Mirando a un punto fijamente y repitiendo como un eco.)

Félix...

FÉLIX.—¿Decía usted algo?

CORAL.—No. Nada... Nada. Pero tengo referencias tuyas, y...

FÉLIX.—(Cortándola, secamente.) ¿Quién le ha dado a usted referencias mías?

CORAL.—(Deteniéndose, estupefacta.) ¿Quién? (Pensativa.) Es verdad... ¿Quién? (Después de una pausa, con un cierto temor por el misterio que se abre ante sí.) No lo sé... Hay cosas en mi interior que no me explico... (Reaccionando.) Pero tengo referencias tuyas. Sé que por sus manos han pasado muchas mujeres... Le supongo muy acostumbrado a la esgrima de la seducción, y... (Con una transición.) Perdóneme usted. En circunstancias así, no tengo el dominio de mí misma. No puedo explicarme... Estas crisis me dejan muy quebrantada.

FÉLIX.—Me lo advirtió su doncella.

CORAL.—(Haciendo un nuevo esfuerzo sobre sí misma.) Pero creo que ya estoy normal.

FÉLIX.—Lo celebro de veras. Y, en este caso, me voy. (Avanza hacia el foro.) Es medianoche.

CORAL.—(Sencillamente.) La hora del diablo. (Una brevísima pausa. Al oírla, FÉLIX se encara con ella brevemente.)

FÉLIX.—¿Por qué dice usted eso?

CORAL.—(Mirándole sorprendida. Con sencillez.) Es una frase hecha. (Observando unos momentos a FÉLIX y levantándose.) Pero me parece que se ha puesto un poco nervioso..., ¿no?

FÉLIX.—(Dominándose.) No. (CORAL adopta un tono amable.)

CORAL.—Es medianoche; pero el tiempo puede regir a nuestro antojo. (Yendo hacia el escritorio.) ¿No hubo alguien que detuvo el sol?

FÉLIX.—Sí.

CORAL.—¿Para qué?

FÉLIX.—Para poder concluir una batalla.

CORAL.—Pues más fácil que detener el sol es detener un reloj.

(Deteniendo la péndola del reloj.) ¿Ve usted? Ya no es hora ninguna.

¿Y a qué hora se reciben las visitas en España? ¿A las siete? (Hace

girar con los dedos las manecillas del reloj hasta ponerlas en las siete y cuarto.) Pues ya son y cuarto.

FÉLIX.—(Resuelto.) Sí. Y esta visita, que empezó a las siete en punto, ha concluido ya. Buenas noches. (Sonriendo.) Quiero decir, buenas tardes. (Intenta irse; pero nuevamente le paralizan las palabras de CORAL, la cual comprende de pronto que FÉLIX no es un seductor corriente, y que no actúa en ese sentido. Sospecha lo que realmente pasa por el interior de FÉLIX: su deseo de irse, el que la juzga como un peligro, y le lanza su acusación, aunque con cierta timidez todavía.)

CORAL.—Se va usted de aquí por miedo. (Esto produce en FÉLIX vivísima impresión, y se detiene; pero consigue vencerse y se resuelve con absoluto aplomo y en tono de reto.)

FÉLIX.—¿Y si fuera verdad?

CORAL.— (Convencida ya de haber acertado. Firmemente.) ¡Es verdad! (Avanza un paso hacia él.) ¡Usted se va de aquí por miedo, y cuando se haya ido, su miedo habrá desaparecido en absoluto. (Sombríamente.) Pero entonces... empezará el mío.

FÉLIX.—¿El suyo?

CORAL.—Sí; cuando me quede sola volveré a mi terror.

FÉLIX.—(Frunciendo el ceño.) ¿Qué dice usted?

CORAL.—No digo nada. No puedo decir nada. Todo lo que dijera le sonaría a usted a falso, a calculado, a cosa torpe y poco limpia.

FÉLIX.—(Otra vez atraído hacia ella contra su voluntad.) Pero yo necesito saber...

CORAL.—¿Usted necesita saber?... Y si necesita saber, ¿por qué quiere irse? Si necesita saber, ¿por qué tiene usted el miedo que tiene? Usted me tiene miedo a mí...

FÉLIX.—¿A usted?

CORAL.—Sí. Usted me tiene miedo a mí, que no soy más que una muchacha. (Exaltándose por momentos.) Pero yo le tengo miedo a cosas peores; yo le tengo miedo a lo inexplicable...

FÉLIX.—¿Eh?

CORAL.—Sí. ¿No se dio usted cuenta de lo que ocurrió? A las once y veinte el cielo estaba estrellado y limpio, la atmósfera seca, y no se movía la rama de un árbol. Estuve un rato en el ventanal de mi alcoba, antes de acostarme, mirando el color de las estrellas, que son todas distintas, y pensando en cómo se verá desde lejos la Tierra.

FÉLIX.—(Contestando casi sin proponérselo.) La Tierra, en el espacio, tiene un color azul.

CORAL.—Azul.... ¡Será preciosa!

FÉLIX.—Sí; quizá de lejos sea preciosa.

CORAL.—Estuve un buen rato en el ventanal; no había indicio ninguno de tormenta. Y, bruscamente, en unos segundos, todo se llenó de nubes negras, y crujieron los árboles, bamboleados por el viento y el agua, y hubo unos relámpagos súbitos. Esto duró un minuto o dos, y

todo concluyó después como había empezado: en un instante. (En voz más baja e insinuante.) Fue como una de esas tormentas que se leen en la Historia Sagrada cuando a alguien se le aparece Dios... o Satanás.

FÉLIX.—(Sobresaltado a pesar suyo.) ¿Qué?

CORAL.—La tormenta parecía sobrenatural. (Angustiada.) ¿Es posible una tormenta así?

FÉLIX.—(Que la ha oído impresionadísimo. Disimulando su agitación.) Se producen tormentas eléctricas que duran lo que un parpadeo.

CORAL.—Pues a mí me ha dado miedo, porque me pareció inexplicable. Como me da miedo la zozobra en que he pasado las primeras horas de esta noche, y las riñas que he oído por dos veces, y su nombre, y sus circunstancias, que ya conocía sin saber de qué, y mi sueño, y el haber pasado dormida a casa de usted, y el que usted haya venido a la mía...

FÉLIX.—(Sugestionado por el tono de CORAL y descubriendo sus verdaderos pensamientos.) ¿Y quién le dice que yo no le tenga miedo también a todo eso?

CORAL.—¿Eh?

FÉLIX.—Yo le tengo miedo a todo eso y, además, al Destino.

CORAL.—(Asustada, apretándole las manos.) Entonces..., ¿también usted ve en todo eso algo sobrenatural?

FÉLIX.—(Reaccionando y rechazando las palabras de CORAL y a CORAL misma.) ¡No! ¡No! ¡No hay nada sobrenatural!

CORAL.—¿Ni la tormenta?

FÉLIX.—¡Ni eso! Todo lo ocurrido es absolutamente natural. Usted ha sufrido una pesadilla con esa escena de los tres hombres, uno de los cuales estaba en la sombra y se reía. Y las otras risas que la despertaron eran de mi criado. Su somnambulismo es un fenómeno frecuente en usted. Su zozobra, nervios. Y la tormenta, otro sueño.

CORAL.—No, no...

FÉLIX.—Sí. La tormenta la soñó también. Todo es natural. Tranquilícese. Y descanse... (Han ido juntos hasta el balcón, y CORAL, al mirar al exterior, deja escapar un grito.) ¿Qué le ocurre?

CORAL.—¡Es verdad!

FÉLIX.—¿El qué?

CORAL.—¡Dios mío, es verdad Tiene usted razón. ¡He soñado la tormenta! Mire el suelo... (Señala hacia la calle.) ¡Está seco! ¡No ha llovido!

FÉLIX.—(Mirando a su vez al exterior.) ¡No ha llovido! (Anonadado también.) ¡No ha habido tormenta!... (La idea de la intervención diabólica en aquellos acontecimientos se aferra más que nunca a su espíritu, demudándole la cara. En CORAL, el último descubrimiento produce casi igual impresión que en FÉLIX. Su miedo se hace más sólido.)

CORAL.—(Como en un delirio.) Pero si yo vi la tormenta... Si yo la sentí... ¿Qué quiere decir todo esto? (Con una energía nueva en ella, sujetando a FÉLIX.) ¡Dios mío! Me asusta como nunca quedarme sola...

FÉLIX.—(Con un soplo de voz.) Y a mí me asusta como nunca estar con usted. (Se zafa de ella y desaparece rápidamente en el balcón, hacia la izquierda, camino de su casa. CORAL, en pie en el umbral del balcón, vuelta hacia la izquierda, sigue hablando, angustiada, dirigiéndose a FÉLIX en los breves instantes en que él permanece fuera de escena.)

CORAL.—¡No, no! Escuche... Pasaremos la noche charlando. De día desaparecen todos los terrores... Ahora le tengo miedo a algo que siento y que está a nuestro alrededor y por encima de usted y de mí... (Encarándose con FÉLIX, que ha vuelto a aparecer en el balcón, procedente de la izquierda.) ¿No cree usted que hay alguien superior a nosotros y que está a nuestro alrededor? (La actitud de FÉLIX es de extraordinario abatimiento, una mezcla de abatimiento, de resignación y de temor condensado ya aposado en el fondo de su alma.)

FÉLIX.—Casi lo he creído desde el primer momento. Ahora estoy convencido de ello.

CORAL.—¿De que obedecemos a una influencia superior y extraña?

FÉLIX.—Sí.

CORAL.—¿Y qué es lo que le ha convencido?

FÉLIX.—El que no puedo entrar en mi casa.

CORAL.—¿Eh?

FÉLIX.—El balcón está cerrado por dentro, con las persianas del balcón corridas.

CORAL.—¿Quién ha cerrado?

FÉLIX.—Mi criado, creyendo que yo me había retirado ya a mi cuarto; tiene orden de cerrar todas las noches. Pero la mano que ha cerrado es lo de menos.

CORAL.—Pero puede usted entrar por la puerta, saliendo por aquí (Señala a la derecha.) A la escalera.

FÉLIX.—(Con voz sorda.) No, porque no tengo llave.

CORAL.—¿Se la han quitado?

FÉLIX.—Se la di yo mismo a mi criado antes de entrar aquí.

CORAL.—Pues llame a la puerta; su criado le abrirá y...

FÉLIX.—(Moviendo negativamente la cabeza, con la mirada clavada en un punto fijo del espacio.) Sería inútil... Mi criado no está en casa. Yo mismo, también, le he obligado a salir, mandándole que se llevase inmediatamente de allí a su novia, que se había emborrachado. Por eso le di la llave: para que pudiese entrar al volver.

CORAL.— (Sonriendo, con la satisfacción de que FÉLIX no se irá ya de allí en un largo rato.) Entonces..., usted, precisamente usted, a quien

asusta quedarse aquí conmigo, ¿ha sido quien ha provocado el tener que quedarse en contra de su propia voluntad?

FÉLIX.—(Después de una pausa, tenuemente.) Sí... (Da unos pasos, y se sienta, con ademán vencido, en uno de los sillones.) La voluntad de uno no es nada frente a esa voluntad superior. Bien lo compruebo ahora. Y comprobarlo me demuestra que estoy en marcha hacia un destino adverso, inexorablemente!

CORAL.—(Acercándose a él y apoyándose en el sillón en que se ha sentado.) ¿Qué quiere usted decir? ¿Qué otro misterio hay en esas palabras?

FÉLIX.—(Resolviéndose a confesarlo todo.) Escuche usted... Yo he visto también esa tormenta de antes, que acabamos de descubrir que no ha existido nunca.

CORAL.—(Estupefacta) ¿Usted? (Estremecida.) ¿Usted también la ha visto?

FÉLIX.—Mi administrador y mi criado no la vieron; pero yo sí, y un amigo que me acompañaba, también. Yo he visto estallar la tormenta con mis propios ojos; y si el descubrir, como hemos descubierto, que no ha habido esta noche tal tormenta, a usted la ha asustado, a mí me ha paralizado de angustia el corazón. (Una pausa. CORAL, durante este pasaje del diálogo, va deslizándose, hasta quedar, primero, de rodillas, y luego, sentada sobre sus piernas al pie del sillón de FÉLIX, bebiendo las palabras de éste, con los ojos muy abiertos.) Pero hay más...

CORAL.—¿Más?

FÉLIX.—Hay, que he vivido personalmente, hace media hora, esa escena de los tres hombres que usted ha visto en sueños.

CORAL.—¿La ha vivido usted?

FÉLIX.—Yo era uno de esos tres hombres.

CORAL.—¡Dios mío! Me lo pareció desde que le vi entrar...

FÉLIX.—El otro hombre era mi amigo. Y el tercero, el que se reía, aquel cuya cara no percibió usted porque estaba en la sombra, ése era...

CORAL.—(Con un susurro, acabando la frase.) ...el diablo.

FÉLIX.—(Alterado, cogiéndole las manos rudamente.) Luego ¿le vio usted?

CORAL.—No hace falta verle; se le adivina... Ustedes mismos, ¿le vieron?

FÉLIX.—(Soltándola y bajando la cabeza.) No; no hace falta verle: se le adivina. (Continuando su confesión.) Pero, además, hablé con él.

CORAL.—(Asombrada.) ¿Habló usted con él?

FÉLIX.—Y me advirtió lo que nos acaba de suceder..., y otras cosas que sucederán, y que yo provocaré precisamente al querer evitarlas.

CORAL.—(Con el rostro ensombrecido.) ¡Pero es horrible!

FÉLIX.—Sí, es horrible. Me advirtió que otra mujer aún se cruzaría en

mi camino, y que yo la enamoraría a ella, y ella a mí. ¿No es verdad que es horrible?

CORAL.—(Con el rostro iluminado.) ¡Es hermosísimo!

FÉLIX.—Que la enamoraría derrotando a un rival.

CORAL.—(Encantada de ese rasgo romántico del Destino.) ¡A un rival! (Súbitamente curiosa.) ¿Y quién será ese rival?

FÉLIX.—(Mirando al suelo, después de una pausa, lúgubrememente.) No lo sé.

CORAL.—¿Quizá su amigo?

FÉLIX.—¿Mi amigo? (Molesto, pesaroso ya de haberle hablado de RAMÓN.) ¡No! (Mirándola fijamente.) ¿Por qué piensa usted que mi amigo?

CORAL.—(Sencillamente.) Por nada... (Curiosa.) Pero ¿qué más? ¿Qué más le advirtió?

FÉLIX.—Que me arrepentiría de mi amor.

CORAL.—¡No!

FÉLIX.—Sí. Que cuanto más feliz la hiciese yo a ella y ella a mí, más me arrepentiría.

CORAL.—No, no...

FÉLIX.—Y que tres meses más tarde, en plena dicha, yo buscaría al rival derrotado y abandonaría en sus brazos aquella mujer...

CORAL.—(Ansiosamente, deseando que aquello no sea el final de la profecía.) Pero ¿luego?... ¿Luego?...

FÉLIX.—Luego, no sé. Aplazó un año el hacerme la última advertencia. No me advirtió el final.

CORAL.—(Levantándose.) ¡Pues no quiero! ¡No quiero!

FÉLIX.—(Sonriendo amargamente.) ¡Oh! Tampoco yo quiero...

CORAL.—¡No quiero que llegue usted a ese final!

FÉLIX.—(Alzándose de hombros.) Yo no quería llegar ni siquiera a este principio..., y ¡ya ve usted!

CORAL.—(Deslumbrada de pronto, al sentir que aquella mujer es ella misma.) Pero... Pero ¿soy yo acaso esa mujer? ¿Puede usted suponer que lo sea?

FÉLIX.—¿Quién había de ser si no? Él dijo que yo conocería a esa mujer en mi propia casa, momentos después de que él se marchase, a las doce en punto. Y al dar las doce corrí a las puertas y las cerré para que esa mujer no entrase... Y por correr a interceptar la entrada de las puertas, olvidé que quedaba franca la entrada del balcón. Era la primer cosa que sucedía, provocada por mí mismo, al querer evitarla. Todavía sonaban campanadas de la medianoche cuando usted dejaba ya sus huellas de sueño en mis alfombras.

CORAL.—(Ensimismada.) Es todo tan bonito, que no parece obra del diablo, sino de Dios.

FÉLIX.—Por eso yo tenía miedo de quedarme aquí con usted, como al fin advirtió su instinto, porque usted es mi destino, y ese destino, que

se me ha advertido de antemano, me aterra.

CORAL.—(Resplandeciente, como quien ha encontrado una verdad feliz.) ¡No es obra del diablo, no! Es obra de Dios. Sí, es el Destino; es obra de Dios, porque Él hace el Destino. Sólo que su misericordia infinita, después de haber hecho un destino inevitable, lo oculta, y la maldad del diablo lo descubre, a sabiendas de que no podemos evitarlo. Pero eso ¿qué importa?

FÉLIX.—¿Eh?

CORAL.—Conocido o no, el Destino va a arrastrarle. Déjese usted arrastrar. Olvídelo. No haga nada para evitarlo. ¿No está seguro de provocar los hechos precisamente al quererlos evitar? Pues no intente evitarlo. A lo mejor (Sonriendo, seductora), no intentando evitarlos, no se producen... (Alegremente.) Imíteme a mí. Yo, a lo único que no le tengo miedo es al Destino.

FÉLIX.—Pero usted es joven...

CORAL.—Y libre.

FÉLIX.—¿Vive usted sola?

CORAL.—Sí. Casi desde niña, desde que murieron mis padres, dejándome rica y en poder de un tutor indiferente, vivo sola. Es decir (Riendo.), vivo con seis peces.

FÉLIX.—¿Con seis peces?

CORAL.—Sí. Mírelos... (Señala hacia el acuario, y ambos se apoyan en él.) Se pasan el día haciendo evoluciones en el agua, como una escuadra, aunque con mucha más dulzura que una escuadra, naturalmente. Me gusta tener bichos a mi lado, pero a condición de que estén a gusto y en su elemento. Y sólo los peces pueden estar en su elemento al lado de uno, porque están... como el pez en el agua. Además, ladrando, o piando, o maullando, todos los bichos domésticos opinan. ¡Y es tan desagradable vivir con un bicho que opina! Por eso no he querido casarme... (Ríe.) En cambio, los peces son silenciosos, correctos y llenos de dignidad. (Contemplándolos.) Los observo horas enteras. Todo lo que procede del mar me fascina. (Retirándose del acuario.) Debe de ser porque nací en una travesía a América. Mi madre era actriz. O quizá es que entre en mis ascendientes hubo algún marino (Sonriendo.) o algún buzo... Compré este barco (Señalando al que hay sobre la mesita.) por lo mismo. Contemplándolo, pienso en viajes imposibles.

FÉLIX.—¿Por qué imposibles? ¿No es usted rica?

CORAL.—Sí. Y he hecho semanas enteras de navegación. Pero navegar en transatlánticos no es navegar. Del mar se desprende un ensueño, y ¿qué hay de ensueño en viajar con hora fija, jugando al tenis, bailando, yendo al cine por las tardes y saliendo de un salón para entrar en otro? En los doce días de mi último viaje por mar no vi más agua que la del cuarto de baño... No queda en los transatlánticos ni siquiera la sensación del temor al mareo, pues ya sabe usted que en

los grandes transatlánticos no se marea nadie.

FÉLIX.—Nadie, a excepción del capitán.

CORAL.—(Riendo.) ¡Justamente! (Vuelve a reír. Acariciando el barquito de la mesa.) En cambio, navegar en un velero habla al alma de muchas cosas, y cada milla recorrida debe de ser como un descubrimiento. En un velero me hubiera gustado recorrer el mundo. Pero quizá recorrer el mundo es perder el interés por él.

FÉLIX.—Sin duda. El único atractivo de las cosas y de las personas es no conocerlas.

CORAL.—Eso he querido decir; pero yo no sé expresarme. ¿No es el ideal de una mujer encontrar un hombre que exprese lo que ella no sabe decir?

FÉLIX.—Seguramente.

CORAL.—Por todo eso, prefiero refugiarme en casa. Me he construido un universo para mí sola. Y aquí hago lo que me gusta.

FÉLIX.—¿Y qué es lo que le gusta a usted?

CORAL.—¡Tantas cosas!... ¡Y tan opuestas!... Me gustan las cajas de música, y me gusta el silencio; me gusta leer, y me gusta cerrar el libro e imaginarme yo el final; me gustan las flores, pero con otros colores de los que tienen...; me gusta encender fuego en la chimenea de mi cuarto y mirar las llamas...; me gusta pensar en que voy a recibir una carta de no sé quién, enviada no sé de dónde, y diciendo no sé el qué... Días enteros he esperado esa carta. A veces vuelvo a casa rápidamente, espoleada por la impaciencia de cogerla, de abrirla, de leerla... Subo febril en el ascensor, llamo al timbre con el corazón palpitante, y pregunto: «¿No ha habido una carta?» Cuando la doncella me dice que no, aún entro mirando si la carta no estaría encima de un mueble esperándome... Y al convencerme de que tampoco aquel día ha llegado la carta, esa carta anhelada, es como si me arrancasen un pedazo de vida... (Cambiando de tono, alegremente.) También me gusta ver las puestas de sol en el campo, y los escaparates en la ciudad. (Cambiando de tono otra vez, voluptuosamente.) Y también me gusta tocar terciopelo..., y darme polvos con una borla de plumas... Y, por la tarde, conducir el coche por una carretera bordeada de árboles frondosos... Y cuando llueve o hay niebla, me gusta callejear envuelta en un impermeable y sintiendo la humedad en la cara y en el pelo... (Cambiando de tono de nuevo. Lentamente.) Y aún hay otra cosa que me gusta sobre todas... Al anoecer, muchos días me refugio aquí, me echo en uno de estos sillones, cierro los ojos y vivo todo lo que quisiera vivir.

FÉLIX.—¿Todo?

CORAL.—Casi todo... Pero, a partir de hoy..., quizá no vuelva a echarme en un sillón ni a cerrar los ojos...

FÉLIX.—¿Por qué?

CORAL.—Porque eso lo hago en plena melancolía. Hasta hoy había

encontrado un placer en estar triste, y ahora, por el contrario, ¡me siento tan feliz!... ¡Me hace tan feliz!

FÉLIX.—¿El qué?

CORAL.—(Después de una pausa, arrodillándose nuevamente a los pies de FÉLIX, y dulcemente.) Su destino... (Nueva pausa.) Su destino de encontrar una mujer a la que va a enamorar y de la que va a enamorarse... Su destino de que esa mujer sea yo... Me hace feliz la fatalidad, de la que ambos vamos a depender... de un modo inexorable. Me hace feliz todo lo que va a suceder, precisamente cuando usted intente evitarlo... (Con tono de confesión, seductoramente.) Porque ese Destino, al que yo estoy ligada y que a usted le parece diabólico, a mí me parece divino.

FÉLIX.—(Ligeramente, para darle otro giro al diálogo.) Nunca están de acuerdo el hombre y la mujer.

CORAL.—Pero el amor, ¿no es una mujer y un hombre que no están de acuerdo?

FÉLIX.—(Riendo.) Probablemente, sí... ¿Cómo sabe usted eso? ¿Cómo sabe todo lo que sabe si no ha tenido tiempo de aprenderlo aún?

CORAL.—No podría decirlo; pero sé muchas cosas sin saberlas realmente. Es mi única cualidad. Por lo demás, creo que de niños lo sabemos todo; que al crecer vamos olvidando, y que de viejos ya no sabemos nada.

FÉLIX.—(Condensando lo que ella quiere decir.) La vida hace perder la experiencia.

CORAL.—¡Exacto! Es lo contrario de lo que dice todo el mundo; pero ¡qué exacto! (Con absoluta naturalidad.) Porque si los viejos poseyeran verdadera experiencia de la vida, no le tendrían el miedo que le tienen a morir. Lo cierto es que los viejos han perdido con los años la experiencia del vivir, y por eso se aferran a la vida. Y, en tanto, los jóvenes, con su amarga experiencia de la vida, se sienten atraídos por la muerte.

FÉLIX.—(Después de mirarla fijamente, con curiosidad fascinada.) ¿Usted se siente atraída por la muerte?

CORAL.—A ratos, sí. Cuarenta años, cincuenta años de vida, se resisten, sin duda, fácilmente. Y la vejez ya se ve que se soporta aún con mayor facilidad. Pero diecisiete años de vida, ¡cómo pesan, Dios mío! ¿Por qué pesa tanto la juventud, que hay jóvenes que no pueden resistirla? ¿No ha observado usted que el suicidio es más frecuente en la juventud que en la vejez? Los jóvenes, cuanto más jóvenes, con más furia odian la vida, que los agobia. ¿Por qué pesa más la juventud que la vejez?

FÉLIX.—(Deslizándose ya por el plano inclinado del interés personal que de CORAL se desprende.) Porque la juventud está llena de ilusiones y de deseos, y la vejez está absolutamente vacía.

CORAL.—¡Justo, justo!... En la juventud, uno quisiera todo para sí,

porque comprende que es el momento de gozarlo todo. Y cada día que pasa sin satisfacer un deseo o una ilusión, es como un día maldito. El éxito, el amor, la aventura, todo lo maravilloso, lo juvenil y lo perfumado de la vida, se nos niega o se nos regatea en plena juventud... ¿Por qué no se nos da entonces, que es cuando podemos disfrutarlo y recrearnos en ello? Sin el éxito, sin el amor, ¿para qué quiere uno la juventud? ¿Cómo han de conformarse los nervios de un joven con el deseo y la ilusión por único consuelo? El peso de las ilusiones y de los deseos es insoportable. ¿Lo ha comprobado usted en sí mismo?

FÉLIX.—Mi vida y mi fortuna no me han servido más que para comprobarlo.

CORAL.—¿Y ha visto usted cumplidos sus deseos? ¿Ha satisfecho usted sus ilusiones?

FÉLIX.—(De un modo lóbrego.) No.

CORAL.—(Después de una pausa. Con desfallecimiento.) Oír eso a las gentes es lo que más me hace temblar, porque cuando me miro por dentro, no encuentro en mí más que ilusión y deseo.

FÉLIX.—Pero usted empieza a vivir, y yo concluyo. Para usted, el amor, adivinado, puede ser la dicha. Para mí, el amor, no conocido, es la desgracia.

CORAL.—¡Pero usted no está viejo!

FÉLIX.—Peor: estoy cansado.

CORAL.—¿De querer?

FÉLIX.—De no haber querido.

CORAL.—¿Qué les ha exigido usted a las mujeres para llegar a amarlas?

FÉLIX.—Sensibilidad y seducción, y brillantez, y luz. Mucho de lo que se les exige a las joyas.

CORAL.—Pero las joyas son frías.

FÉLIX.—Pero admiten que uno les transmita el propio calor.

CORAL.—(Inductivamente.) ¿Y nada más le hubiera usted exigido a una mujer para amarla?

FÉLIX.—(Sombríamente.) Sí, algo más... (Una pausa. Tenuemente.) Algo más...

CORAL.—(Haciendo cada vez más profunda e intensa la intimidad entre los dos. Sugestionándole para que hable.) ¿El qué?

FÉLIX.—Alguna vez creí encontrar esa mujer capaz de ser querida. (Ocultando el rostro entra las manos.) Una vez, sobre todo, hace años, creí encontrarla. Varias noches, muchas, cuando aquella mujer dormía ya, feliz de creer que llenaba todas mis ansias, yo lloraba lo irremediable. (Con profunda gravedad.) El no ser yo el primero que la había despertado al amor.

CORAL.—(Resplandeciente.) ¿Eso es lo último que usted le exigiría a una mujer para amarla?

FÉLIX.—Eso. Porque a las mujeres el pasado de un hombre les sirve de garantía; pero a los hombres el pasado de una mujer nos sirve de desesperación. Y es que el pasado de una mujer es siempre el primer amante.

CORAL.—(Dulcemente. Entusiasmada.) Oírle a usted me hace cada vez más feliz.

FÉLIX.—¿Eh?

CORAL.—Yo no tengo pasado. Mi pasado es mi imaginación. Y en mi imaginación, sin conocerle, usted reinaba ya. He soñado viajes imposibles, que no he realizado porque usted tenía que ser mi compañero en esos viajes. Me he echado aquí, en un sillón, muchas tardes, y he cerrado los ojos... por el ansia de verle. Y esa carta que he esperado tantos días, remitida no sé de dónde, enviada por no sé quién y diciendo no sé el qué, tenía que venir de sus manos, escrita por usted, y diciéndome: «Aquí estoy; yo soy, y te quiero.»

FÉLIX.—(Reaccionando, saliendo de la sugestión de ella, levantándose y rechazándola.) ¡No! ¡No!

CORAL.—¿Por qué no? (Avanza hacia él, desolada.) ¿Es que no le importo?

FÉLIX.—Porque me importa y porque me parece una criatura maravillosa, ¡no!

CORAL.—Pero...

FÉLIX.—¿Ha olvidado usted lo que me ha sido advertido? ¿Qué quiere usted? (Con rabia.) ¿Que después de toda una vida gastada en buscar el amor, lo encuentre..., para apartármelo yo mismo de delante? ¿Que soporte el suplicio de una pasión para tener que soportar el otro suplicio, aún más espantoso, de renunciar a ella? Todo se ha cumplido hasta ahora: el conocerla a usted esta noche a la hora fijada, el que hayamos tenido esta conversación, el que usted me haya descubierto su alma y yo la mía... Todo se ha cumplido contra mi voluntad y provocado por mí mismo al querer evitarlo. ¡También se cumpliría el resto! ¡También acabaría por precipitar a usted, cuando más la amase, en brazos de otro!... ¡Y eso, no! ¡Eso, no!

CORAL.—No sea niño... Todo no se ha cumplido. ¿Por qué había de cumplirse el resto?

FÉLIX.—¿Que no se ha cumplido todo?

CORAL.—No. ¿Recuerda usted la segunda advertencia de Satanás?

FÉLIX.—Que la enamoraría a usted.

CORAL.—Que me enamoraría derrotando a un rival.

FÉLIX.—Sí.

CORAL.—Y hasta ahora no ha tenido usted que derrotar rival ninguno... Para ello hubiera hecho falta que ese rival viniese aquí. (En tal instante, por el balcón procedente de la izquierda, y seguido de PEDRO, aparece RAMÓN.)

RAMÓN.—(Inclinándose, reverente.) Buenas noches...

CORAL y FÉLIX.—(Al mismo tiempo. Con sorpresa la primera y con rabia el segundo.) ¿Eh?

PEDRO.—(A RAMÓN) Bien le decía yo al señorito que era aquí donde sonaba la voz del señor.

RAMÓN.—Sí. Eres listísimo. Y darías una nueva prueba de ello largándote ahora mismo.

PEDRO.—Sí, señorito. (Se va de nuevo por el balcón hacia la izquierda.)

RAMÓN.—(Avanzando y quitándose el abrigo.) Decía que buenas noches. Sentiría molestar, porque me echaste a la calle (A FÉLIX.); pero yo estaba demasiado interesado en el final de la aventura para irme a dormir a las doce de la noche, contando que, como sabes, hace treinta y tres años que me acuesto a las dos de la tarde...

Quedé rondando la calle, y ahora, al volver tu criado de llevar a su novia, he subido con él, te hemos buscado por toda la casa, y...

FÉLIX.—(Dando un paso hacia él, descompuesto.) Y ¿cómo te has enterado de que estaba yo aquí? ¿Cómo?

RAMÓN.—Por ti mismo.

FÉLIX.—¡Por mí mismo!

RAMÓN.—Hace un momento hablabas tan alto, gritando: «¡Eso, no! ¡Eso, no!» que hemos oído tu voz desde ahí al lado, y no me extrañaría que te hubiese oído también el sereno... ¿Tengo yo la culpa de que hables alto? (FÉLIX, vencido, se vuelve lentamente de espaldas y de nuevo se deja caer en un sillón. RAMÓN avanza hacia CORAL, sonriendo.) Señorita, Satanás me ha dado a mí también un papel en el conflicto. Soy el rival... ¿No le ha explicado a usted Félix que soy el rival? Permítame que me presente, porque ése (Por FÉLIX) no me presentaría nunca. (Riendo.) ¡Está celoso!

FÉLIX.—¡No te rías!

RAMÓN.—(A CORAL, riendo.) ¿Ve usted? Está celoso... Me llamo Ramón Orellana, señorita. (Se inclina y le besa la mano.)

CORAL.—¿El amigo de...?

RAMÓN.—Sí. El amigo de Félix; su ayudante sentimental hasta ahora. Y desde hoy su rival. (Vuelve a reír.) Es el primer cargo oficial que he disfrutado, ¿y no era natural que pasase aquí a celebrar el nombramiento, brindando con algo?

CORAL.—Sin duda, y voy a buscar con qué brindar... (Inicia el mutis por la derecha.)

RAMÓN.—(Conteniéndola.) De ningún modo... ¡No faltaba más! Yo iré... Tengo un olfato especial para averiguar dónde se guardan los vinos en las casas. Y usted (Mirándola a los ojos fijamente, con energía.) no debe apartarse ni un momento del lado de Félix..., por ahora. (Yendo hacia la derecha.) Dentro de tres meses, si todas las advertencias se cumplen, será de mi lado de donde no deberá usted

apartarse nunca... (Vuelve a reír y, riendo, se va por la derecha. Una pausa. CORAL va hacia la puerta de la derecha y apoyándose en ella, mira hacia adentro, donde vuelve a oírse reír a RAMÓN.)

CORAL.—(Sonriendo.) ¡Tiene una risa muy simpática!...

FÉLIX.—(Sentado en el sillón, se cubre el rostro con las manos.)

Dentro de tres meses...

TELÓN

ACTO TERCERO

En un hotel de viajeros en Niza. La escena, partida, pero muy irregularmente; esto es, de los dos sectores en que la divisoria corta el escenario y que representan dos habitaciones distintas del Hotel, el sector de la izquierda es una quinta parte más pequeño que el sector de la derecha. Esto hace que en la izquierda sólo se vea un trocito de habitación y que la escena propiamente dicha esté constituida por el sector de la derecha. Es un saloncito bien puesto, de colores suaves, sobrio, con muebles elegantes, pues el hotel es de primer orden, pero que, a pesar de su elegancia, tiene un aire frío e impersonal, porque, al fin y al cabo, se trata de un hotel. En el lateral derecha, dos puertas, que simulan conducir a otras habitaciones, en primero y tercer términos, y en el segundo término, un ventanal que cae sobre un jardín, del que se ven las altas palmeras. En el foro, la puerta de entrada con un número de bronce clavado por fuera en el batiente: el 5. Esta puerta tiene un forillo que se pierde a derecha e izquierda y que representa el pasillo del hotel, un pasillo muellemente alfombrado. En la pared de la divisoria, una puerta que comunica los dos sectores escénicos. Junto a la pared de la divisoria, que constituye el lateral izquierda del sector derecho, un teléfono, bien visible. Sillones, lámparas, etc. El sector de la izquierda, del que ya queda dicho que sólo se ve un trozo muy pequeño, es otra habitación semejante a la del sector derecho, que se pierde en el lateral hacia la izquierda. En la derecha, cerca de la pared divisoria, hay un sillón y una mesita con libros, y sobre ella, otro teléfono, Tanto en el sector izquierda cómo en el derecho, algún cuadro o algún panneau pintado directamente en el muro. Es de día, y el último sol de la tarde entra con su esplendor dorado.

Al levantarse el telón, en escena, RAMÓN, SILVIA y PEDRO, el cual, al comenzar el acto, se halla junto a la puerta del foro. RAMÓN y SILVIA avanzan dentro de la estancia. SILVIA es una muchacha de unos veinticinco años, guapísima y muy tostada por el sol; se cubre con un abrigo de tarde y calza unos zapatos-sandalias rojos. Todo lo que de ella permite ver el abrigo —piernas, escote, etc.—, aparece desnudo. Para advertirlo definitivamente, SILVIA es la amiga nudista de quien habló RAMÓN en el primer acto, y debajo del abrigo va, —es decir, «figura que va»— absolutamente desnuda por las razones que se sabrán más adelante. RAMÓN viste un traje claro, unas gafas negras contra el sol, que se quita inmediatamente, y en la mano, unos gruesos guantes de automovilista.

EMPIEZA LA ACCIÓN

RAMÓN.—(Afectuosamente.) ¡Hola, Pedro!...

PEDRO.—¡Señorito! ¿Cómo sigue el señorito después de tanto tiempo sin ver al señorito?

RAMÓN.—Tres meses, Pedro; nada más que tres meses. ¿Está tu amo?

PEDRO.—Sí, señorito. Ahí dentro (Por la derecha.) acabando de arreglarse. (Va hacia la derecha y habla dirigiéndose adentro.) Señor, el señorito Ramón y una señorita...

RAMÓN.—(Hablando hacia adentro.) Es Silvia, ¿sabes? ¡Silvia Arnal!

FÉLIX.—(Dentro, hablando desde la derecha.) ¡En seguida salgo!

PEDRO.—Sí, señor. (A RAMÓN .) En seguida sale el señor, señorito.

RAMÓN.—Muy bien... Qué, ¿te prueba la Costa Azul y la vida de hotel, Pedro?

PEDRO.—Pues si he de decir la verdad al señorito, me prueba mejor la vida de hotel que la Costa Azul...

RAMÓN.—¡Magnífico! ¡Qué respuesta! Se siente uno orgulloso de tener discípulos como tú.

PEDRO.—Se hace lo que se puede, señorito. (Se inclina y se marcha por el tercero derecha.)

FÉLIX.—(Dentro.) ¿Cuándo habéis llegado? (RAMÓN va hacia el primero derecha y habla hacia adentro.)

RAMÓN.—Hace veinte días, después de dar una vuelta en coche por Francia y Alemania. En realidad, no estoy seguro de que hayamos estado en Alemania, porque había tanta niebla, que no pude ver ningún poste indicador. Ahora vivimos en Múnich; pero es raro el día que no venimos un rato a Niza. A Silvia le encanta todo esto.

FÉLIX.—(Dentro.) ¿Qué es lo que más le gusta a usted de la Costa?

SILVIA.—El azul del cielo de Montecarlo.

FÉLIX.—(Dentro.) ¿Y a ti?

RAMÓN.—El verde de las mesas del Casino.

FÉLIX.—(Dentro.) ¿Pierdes?

RAMÓN.—Gano.

FÉLIX.—(Dentro.) Y eso, ¿cómo se hace?

RAMÓN.—Es muy fácil: me llevo conmigo a Silvia, que, automáticamente, empieza a timarse con todos los que brujulean por los salones, y entonces, yo, aprovechando el refrán de «desgraciado en amores, afortunado en el juego», apunto y me hincho. La ganancia es infalible.

FÉLIX.—(Dentro.) Pero ¿y si te la quita alguien?

RAMÓN.—¿La ganancia?

FÉLIX.—(Dentro.) No. A Silvia.

RAMÓN.—¡Hombre! Si me la quitasen, ¡triplicaba un pleno!

SILVIA.—(Indignada.) ¿Habrá imbécil?

FÉLIX.—(Dentro.) ¿Está animado Montecarlo?

RAMÓN.—La ciudad sigue siendo una tarjeta postal en colores, con una

flecha que indica la dirección del Casino. Y la Dirección del Casino sigue siendo unos caballeros de chaqué, que se esfuerzan porque la gente juegue. Pero la verdad es que sólo jugamos dos o tres. Ayer entró un rajá indio con su séquito, se jugó veinte francos, los ganó, y cayó muerto de la impresión. El séquito se llevó el cadáver para enterrarlo a fin de mes en Calcuta. (Por el primero derecha entra FÉLIX con traje oscuro.)

FÉLIX.—¡Listo! He pasado la tarde paseando y estaba impresentable. (Yendo hacia SILVIA.) ¿Conque usted es Silvia? (Inclinándose al darle la mano.) Tanto gusto.

SILVIA.—El gusto es el mío.

FÉLIX.—Ramón me ha hablado mucho, en varias ocasiones, de usted y de sus costumbres.

RAMÓN.—Pues precisamente las costumbres, como tú dices, de Silvia son las que nos han hecho venir a verte al saber que estabas aquí.

FÉLIX.—(Con extrañeza.) ¿Las costumbres de Silvia? Y ¿qué tienen que ver las...?

RAMÓN.—(Cortándole.) Se te puede decir delante de ella, porque a Silvia, como sacerdotisa del nuevo culto, no le preocupan estas menudencias... Silvia viene desnuda.

FÉLIX.—¿Eh?... (Mirando a SILVIA escrupulosamente de arriba abajo.) ¿Desnuda?

SILVIA.—(Sonriendo de un modo angelical. Con perfecta naturalidad.) Sí; sí, señor. Desnuda.

RAMÓN.—Ha sido una aventura idiota. Silvia se pasa la mayor parte del día, junto con otros perturbados y perturbadas, en un campo nudista que hay en los alrededores de Cannes. Yo no acudo también porque no tengo ganas de ver visiones, pero voy a buscarla todas las tardes. He ido hoy, como siempre; llevábamos prisa; Silvia ha equivocado el paquete de las ropas, y ha cogido las de un juez de primera instancia de Marsella. Y cuando hemos querido volver desde aquí, uno de los agentes que persiguen el nudismo nos ha parado el coche y me ha dicho que o yo metía a Silvia en algún sitio a vestirse, o él me desnudaba a mí también a porrazos.

SILVIA.—Así es que nos hemos refugiado en este hotel, y al saber que usted se hospedaba, hemos subido en busca de ayuda. Si usted tuviera un vestido de mujer que me sirviera...

RAMÓN.—Como he supuesto que estarás acompañado...

FÉLIX.—Pues has supuesto mal, porque estoy solo...

RAMÓN.—¿Solo? ¿Solo, solo, solo?

FÉLIX.—Solo. Es decir, sólo con Pedro.

SILVIA.—¡Ah! Entonces... Pero quizá pudiera arreglarme con alguna ropa de deporte de usted. Unos pantalones de tenis y un sweater, por ejemplo.

FÉLIX.—De eso sí tengo ahí dentro. (Señalando a la derecha..) Pero,

por si acaso... ¡Pedro! Por si acaso, le diremos a Pedro que vaya a comprar un... (RAMÓN le interrumpe.)

RAMÓN.—No te canses. Están las tiendas cerradas.

FÉLIX.—Pues recurriremos a la Dirección del hotel.

PEDRO.—(Entrando por la derecha, tercer término.) ¿Señor?

FÉLIX.—Baja al comptoir y di de mi parte que estudien la manera de procurarnos cuanto antes un vestido de señora.

SILVIA.—¿Habla francés el criado?

PEDRO.—(Muy digno.) Señorita, lo hablo como don Honorato de Balzac. (Se va por el foro.)

FÉLIX a SILVIA.—¿Cuánto tiempo hace que practica usted el nudismo?

SILVIA.—Dos años. Me convenció un doctor noruego a quien conocí en París. No creo que sea ya necesario advertir lo que beneficia a la salud hacer una vida higiénica...

RAMÓN.—Para hacer una vida higiénica que beneficie a la salud, hay que tener una salud a prueba de bomba.

FÉLIX.—(Sonriendo.) ¡Probablemente!

RAMÓN.—A mí, una vez que estuve enfermo, el médico me mandó al campo a reponerme, y la verdad es que tuve que esperar a reponerme para poderme ir al campo.

SILVIA.—Con descreídos no se hace nada. (Mirando a FÉLIX suavemente.) Y con su permiso, Félix, voy a ver si me sirve algo de lo que tiene usted por ahí. (Yendo hacia el primero derecha.)

FÉLIX.—Todo está en los armarios. Puede usted revolver a su gusto.

SILVIA.—¿No encontraré algún secreto?

FÉLIX.—Mis secretos están a la vista del público.

SILVIA.—¡Qué suerte para el público! (Se va, después de dirigir una larga mirada a FÉLIX. Al quedar solos los dos hombres, FÉLIX abandona el tono amable que tuvo ante SILVIA, para aparecer frío y casi hostil.

RAMÓN se esfuerza por darle calor al diálogo.)

RAMÓN.—No te extrañen sus insinuaciones. (Refiriéndose a SILVIA.) ¡La pobrecilla está tan acostumbrada a timarse en los salones del Casino! Aparte de eso, creo que le has hecho muy buena impresión. Sabe, además, que eres rico. En fin: como estás solo, si te gusta, no tienes más que decirlo. Te la cedo barata. Después de todo, quitándomela de encima no harías sino corresponder a mis numerosos sacrificios.

FÉLIX.—(Secamente.) Gracias. Estoy mejor solo.

RAMÓN.—Como tú quieras. (Después de una pausa.) Bueno, hombre, bueno... (Dándole unas palmaditas en el hombro.) ¿Y qué haces en Niza? ¿Cómo no te has ido a... allá, a la provincia de Segovia, a Rebollar o Rebollo...?

FÉLIX.—Robledo.

RAMÓN.—Eso es: a Robledo. ¿Cómo no te has ido allí a dedicarte al misticismo?

FÉLIX.—(Rompiendo súbitamente.) ¡Acabemos, Ramón! ¿Y tú? ¿A qué

has venido tú aquí?

RAMÓN.—¿Eh?

FÉLIX.—¿Quién te ha dicho que yo estaba aquí? (Impetuosamente.)
¡La verdad!

RAMÓN.—La verdad, la verdad: me lo ha dicho tu administrador.

FÉLIX.—¿Isaac?

RAMÓN.—Isaac... y Alicia.

FÉLIX.—¿Alicia está en Niza?

RAMÓN.—Sí. Y en este mismo hotel. Llegó anoche, invitada por Isaac. Ya sabes que, según éste descubrió, hoy hace justamente tres meses, en aquella noche... inolvidable en que Alicia rechazó tu cheque, Alicia es su mujer ideal. Y de tal modo sigue siendo su mujer ideal, que aún no ha conseguido que lo sea realmente...

FÉLIX.—(A quien ha producido un visible efecto la alusión de RAMÓN a «aquella» noche, y que, preocupado, ni oye siquiera el resto del párrafo.) No es cuando se cumplen justamente los tres meses de «aquella» noche, sino mañana.

RAMÓN.—Perdona. Es hoy. Fue el trece de marzo.

FÉLIX.—Precisamente. Y estamos a doce de junio, viernes.

RAMÓN.—No; estamos a trece de junio, sábado. Ha cerrado el comercio a mediodía, y por eso no he podido comprarle a Silvia un vestido...

FÉLIX.—(A media voz.) ¿Trece? ¿Sábado? (Va a la mesita, coge un periódico que hay sobre ella y busca en él febrilmente la fecha. Leyéndola, anonadado.) «Sábado, trece de junio»... (Volviéndose a RAMÓN, reaccionando furiosamente.) ¡Entonces, es todo mentira! ¡Entonces, el percance de Silvia lo has preparado tú mismo, para venir aquí hoy! ¡Precisamente hoy!

RAMÓN.—¿Eh?

FÉLIX.—¡Vete! (Avanzando hacia él, amenazador.) ¡Vete, Ramón!

RAMÓN.—Pero ¿qué te pasa? (Cogiéndole por los hombros, dominándole y mirándole cara a cara.) ¿Estás loco? ¿Qué es eso?

FÉLIX.—(Dominándose.) Tienes razón. Debo de estar loco. Pero quizá hay motivos para estarlo... (Va a uno de los sillones, se sienta, pensativo, en él. RAMÓN se dirige hacia FÉLIX, y se apoya en el respaldo del sillón con un gran aire de buena persona.)

RAMÓN.—Te vuelvo a rogar que te tranquilices. (En su tono superficial y zumbón de siempre. Absolutamente tranquilo.) Félix... Tú y yo somos tan semejantes, que apenas nos diferenciamos ligeramente en la abertura del ángulo facial. Esta semejanza nos ha llevado a hacer una vida todo lo idéntica que nos permitía la diferencia de fortunas. Tú has procedido siempre como un cínico, siendo en realidad un romántico, y yo, romántico perdido en el fondo, he vivido en pleno cinismo. Pero en ti y en mí, a lo largo de la vida, no ha habido más que una ambición: el amor. (Hace una pausa; FÉLIX calla, y, en vista

de ello, continúa.) El fracaso ha sido mutuo. Pero..., de pronto..., una noche nos ocurre algo muy parecido a una pesadilla, y se nos advierte la proximidad del amor..., y el que tú, en la lucha, me derrotarás al principio, y el que tres meses más tarde vas a entregarme con tus propias manos el tesoro... Tú, supersticioso, creíste desde el primer momento. Yo, incrédulo, me reí burlonamente. (En voz más baja.) Pero todo, paso por paso, empezó a ocurrir tal como se advirtió..., y al conocerla a «ella» (Orgullosamente), yo seguí riéndome; pero ya no me reía por burla, isino por la alegría frenética de pensar que iba a ser para mí en un corto plazo!

FÉLIX.—¡No! ¡No!

RAMÓN.—(Duramente. Inflexible.) ¿Y por qué no? ¿Porque tú la escondes? ¿Porque quieres que yo pierda su pista? (Creciéndose cada vez más.) ¡Ya veo que estás solo! ¡Ya veo que has tenido miedo de tener junto a ti a Coral el día en que se cumplían los tres meses de las advertencias!

FÉLIX.—(Víctima de una intensa agitación.) ¡Eso es lo que debía haber hecho!

RAMÓN.—¿Qué?

FÉLIX.—¡Es cierto que he separado a Coral de mi lado durante este tiempo! ¡Es cierto que quería despistarte! ¡Es cierto que he luchado y lucharé hasta el fin contra el Destino, la casualidad o lo que sea! (Sombrío, casi de un modo fúnebre, entre dientes.) Pero también es cierto, que, por creer que yo te había despistado, ella va a venir hoy aquí de un momento a otro..., llamada por mí mismo! (RAMÓN rompe a reír con una risa salvaje de puro alegre, frenética, incontenible.)

RAMÓN.—¡Llamada por ti mismo! (Continúa riendo hasta que la risa, físicamente, va perdiendo fuerza. Entonces suenan unos golpecitos en la puerta del foro. RAMÓN abre, y entra PEDRO, el cual lleva un vestido de mujer colgado del brazo.)

PEDRO.—Esto es todo lo que han podido conseguir ahora, señor.

FÉLIX.—Está bien. Entrégaselo a esa señorita.

PEDRO.—Sí, señor. (Llama con los nudillos en la puerta del primero derecha.)

SILVIA.—(Dentro.) ¡Adelante! (PEDRO abre la puerta del primero derecha, cuando va a entrar da un respingo y retrocede, cerrando la puerta de nuevo.)

PEDRO.—¡Arrea!

FÉLIX.—¿Qué pasa?

PEDRO.—(Balbuciente de la impresión por lo que ha visto.) Que... Que el... Que la...

RAMÓN.—Eso es que ha visto a Silvia en su traje oficial.

PEDRO.—(Justificándose, a FÉLIX .) Como llamé y oí decir «adelante», pues yo, señor...

RAMÓN.—¡Claro, hombre, claro! Si es que Silvia, en cuanto se ve con los zapatos puestos, ya se cree que está vestida... Trae... (Le coge el vestido a PEDRO, y desaparece, llevandoselo por el primero derecha.)

PEDRO.—(A FÉLIX, excusándose.) Yo, señor... Ya comprenderá el señor que... He cerrado los ojos en seguida, claro...

FÉLIX.—Está bien, Pedro.

PEDRO.—Ahora que eso sí: puedo comunicarle al señor que es una delgada de las que engañan...

FÉLIX.—Sobran las explicaciones, Pedro. Retírate.

PEDRO.—Sí, señor. Eso no quiere decir, naturalmente, que no engañen también las gordas..., porque...

FÉLIX.—¡He dicho que basta, Pedro!

PEDRO.—Sí, señor. Sí, señor... (Se va por el tercero derecha. Por el primero derecha vuelve a entrar RAMÓN, ya sin el vestido, y con aire satisfecho y dominador.)

FÉLIX.—Estás muy contento, ¿verdad?

RAMÓN.—Sí. Me siento feliz...

FÉLIX.—Yo lo era..., hasta que tú has venido...

RAMÓN.—Eso es justamente lo que toda la vida me ha sucedido a mí.

FÉLIX.—No sé si sabrás comprenderme...

RAMÓN.—(Interrumpiéndole, sonriente.) ¡Oh! Te comprendo perfectamente.

FÉLIX.—... y sin embargo, si pudieras oírme en serio unos instantes...

RAMÓN.—He perdido la costumbre; pero haré un esfuerzo.

FÉLIX.—(Gravemente.) Oye, Ramón... Yo había renunciado ya a todo, bien lo sabes, y me había resignado casi a gusto a esa amargura, porque a mi edad no se sabe qué es peor: si no haber encontrado el amor... o encontrarlo. El solo anuncio de su proximidad me llenó de terror, y cuando surgió Coral como una aparición de otros mundos, me resistí cuanto me permitió resistir la fatalidad de los hechos. Entonces llegaste tú, atraído por mi voz. Le fuiste simpático a Coral; yo sentí que me asfixiaban los celos, y desde aquel momento, ya, en vez de resistirme, luché por Coral contra ti.

RAMÓN.—Hasta derrotarme; mi primera derrota estaba prevista, y por eso te dejé el campo libre. (En un tono extrañamente serio.) Pero si tú has vivido con la ilusión del amor, Félix, también yo he vivido con esa ilusión, y como sería estúpido renunciar a ella, aquí estoy hoy, a aguardar que se cumpla la cuarta advertencia...

FÉLIX.—¿Vienes con la esperanza de que yo renuncie a Coral en tu favor?

RAMÓN.—(Con firmeza.) Vengo a conseguir lo que pienso que es mi felicidad.

FÉLIX.—Entonces, ¿crees en...?

RAMÓN.—No creo... más que en mí mismo.

FÉLIX.—(Con angustia.) Ramón... Yo quiero a Coral. Tú no puedes

suponer lo que significa un sentimiento de esta clase cuando se nota ya que la vida es una cosa fugitiva en manos de uno. La juventud no conoce el tiempo. Para mí, cada hora que pasa es un día, y cada día un año. Aun así, por miedo he separado a Coral de mi lado; después que tú te fuiste, volví a resistirme, lleno de pavor ante el Destino, y la convencí de que viajara y se distrajera. No sé si me explico. Le tenía miedo al amor de Coral, y al mismo tiempo no podía resistir la idea de que Coral fuese para ti...

RAMÓN.—Egoísmo.

FÉLIX.—No. Amor vergonzante. En todo ese tiempo, Coral ha viajado por Italia. Yo he vivido aquí. Nos hemos escrito, primero, de cuando en cuando; luego, a diario, y la ausencia no ha hecho sino agravarlo todo: no puedo vivir ya sin ella, y le he reservado la habitación de al lado. Y llega hoy, al anochecer...

RAMÓN.—(Dirigiendo una mirada al ventanal.) El sol está poniéndose. (En efecto, la luz de la escena ha ido rebajándose.)

FÉLIX.—¿Me comprendes ahora? No renunciaré a Coral, pase lo que pase. Sería como renunciar a los restos de mi vida y de juventud que me quedan aún. Tú eres joven y fuerte; no me la disputes, Ramón. (Cogiéndole de un brazo.) Muchas veces has sacrificado tus sentimientos por mí. Sacrifícalos la última vez.

RAMÓN.—Sí. El sacrificio es una virtud que siempre nos parece admirable... en los demás. (En este momento, RAMÓN va hacia el ventanal y queda mirando melancólicamente al exterior. En el sector de la izquierda, procedente del lateral izquierda, aparece CORAL, vestida de viaje, con la boina o el gorrito puestos. Va hacia el teléfono, que está junto a la pared divisoria, descuelga, y se sienta en el sillón a telefonar.)

CORAL.—(En el sector izquierdo. Al teléfono.) ¡Allô! Le cinq, s'il vous plaît...

FÉLIX.—(En el sector derecho. Yendo junto a RAMÓN y poniéndole una mano en el hombro.) ¿Qué dices?

RAMÓN.—Que me iré... (FÉLIX le aprieta por los brazos con afecto indecible. Suena entonces el timbre del teléfono.)

FÉLIX.—¡Gracias! (Yendo al teléfono y descolgando el auricular.) Allô!

CORAL.—(En el sector izquierdo. Jubilosamente.) ¡Félix!

FÉLIX.—(En el sector derecho. Tapando la bocina y dirigiéndose a RAMÓN.) ¡Es ella!

CORAL.—(En el sector izquierdo.) ¿Estás ahí? ¡Acabo de llegar! Aún me están subiendo las maletas... ¡Espérame! ¡Ahí voy! (Cuelga rápidamente, y desaparece, corriendo, por la izquierda. Luego, vuelve sin nada en la cabeza, y va a la puerta de la divisoria.)

FÉLIX.—(En el sector derecho. Sin poder disimular su alarma. A RAMÓN.) Viene hacia aquí. Entra ahí un instante, te lo suplico. (Señala el primero derecha.)

RAMÓN.—¿Qué me pides también? ¿Que no me vea? ¿Tanto miedo me tienes? (CORAL da unos golpes en la puerta de la divisoria. FÉLIX mira atemorizado hacia allí, y luego se vuelve a RAMÓN.)

FÉLIX.—(Avergonzado.) Tanto, Ramón...

RAMÓN.—(Con ironía y sarcasmo, no exentos de tristeza.) ¡Qué orgullo para mí! Me voy por este lado... Tengo que dar un recado abajo. ¡Qué orgullo! (Se va por el foro. FÉLIX abre la puerta de la divisoria, y entra CORAL, anhelante, feliz e impetuosa.)

FÉLIX.—(Cogiéndole las manos y mirándola embelesado.) ¡Coral!

CORAL.—¿Cómo me encuentras? ¿Más delgada? ¿Más gruesa? ¡Más delgada! Creo que he dado con un procedimiento de adelgazar que poder recomendar a mis amigas: la ausencia de ti... Pero, por fortuna, no tengo amigas a quienes recomendárselo. Tú estás también más delgado. ¡Pobrecito! Has perdido en Niza; y no se explica, porque el sitio de perder en la Costa Azul es Montecarlo. (Ríe, y en seguida se abraza a él.) ¡Félix! ¡Oh Félix! (Deshace el abrazo y le mira a la cara, con los ojos emocionados.) ¿Por qué cuando hay que decir cosas importantes no se dicen más que tonterías?

FÉLIX.—Tus tonterías son siempre cosas importantes.

CORAL.—(Riendo de nuevo.) ¡Vamos! No digas cosas importantes... Ven aquí... (Le lleva a un sillón, le hace sentarse y se sienta ella en el brazo.) Siéntate ¡Dios mío! ¡Cuánto tenemos que hablar! He venido en dos etapas, desde Roma. En Nápoles, ¡sómbrate!, todavía tocan el «Torna a Sorrento». Y en Sorrento he oído el «Oh Marie», una tarde, al anochecer. Y, ¿te lo querrás creer?, me hizo llorar. También se me saltaron las lágrimas otra tarde, en el lago de Como. Desde Génova aquí, no he corrido: he volado. En Ventimiglia, ¡zas!, un pinchazo y cambio de rueda, ayudada por un ciclista sordo, y, al cruzar Mentón, me han puesto una multa, que no he pagado, porque los gendarmes no aceptaban moneda italiana; pero a poco me quedo allí. ¡Y tenía tales ganas de llegar! (Cambiando de tono, melancólicamente.) En realidad, Félix, he sufrido mucho...

FÉLIX.—Y yo.

CORAL.—Tú has sufrido por tu gusto. Te obstinabas en la separación. ¿Por qué?

FÉLIX.—De sobra te lo he dicho por escrito.

CORAL.—Sin convencerme. Nada te hubiera impedido llamarme antes a tu lado... o acudir tú al mío. Te he esperado todos los días en estos tres meses tan largos. He llegado a pensar que has mantenido nuestra separación precisamente para que yo me interesara definitivamente por ti...

FÉLIX.—Lo he hecho por todo lo contrario. Coral: para que te desinteresaras tú y para desinteresarme yo. Pero..., como siempre desde «aquella» noche, provocho con mi conducta justamente lo que quiero evitar... Ahora ya nada tiene remedio...

CORAL.—(Suspirando alegremente.) ¡Ay! ¡Qué gusto me da oírte! (Confidencial.) ¿Te acuerdas que te conté cómo he vivido mucho tiempo esperando semanas enteras una carta de la que ignoraba el remitente y la procedencia? En aquella época, yo estaba llena de deseos que entonces no podía explicarme, y de melancolías que ahora no me explico... Pues, como aquella carta, he esperado en Italia tu aparición semanas enteras también... Una tarde en Venecia, creí que habías llegado, por fin... Me anunciaron una visita: que un amigo español aguardaba abajo, en el vestíbulo... Estábamos en un hotel del Lido. Me dio un vuelco el corazón. Perdí lo menos diez minutos en elegir un vestido que te gustase, y luego me arreglé precipitadamente, sin saber siquiera lo que me ponía; me abalancé a la puerta, bajé las escaleras tropezando, llegué abajo sin respiración, y... ¡no eras tú! (Sencillamente.) Era ese amigo tuyo: Orellana...

FÉLIX.—(Con un rugido, apartando bruscamente lejos de sí a CORAL, y levantándose.) ¡Ramón!

CORAL.—(Asombrada.) Ramón, sí.

FÉLIX.—¿Ramón ha ido a Italia a verte?

CORAL.—Sí; pero...

FÉLIX.—(Anhelante.) ¿Cuándo? ¿Cuándo fue?

CORAL.—Pues... ¿un mes? ¿Hará un mes? Eso es: un poco más o menos...

FÉLIX.—(Apremiante.) ¿Y estuvo allí, acompañándote, saliendo contigo...?

CORAL.—Sí...

FÉLIX.—¿Qué tiempo estuvo en Venecia?

CORAL.—No sé... Cinco o seis días... Hasta que Pepita y yo nos fuimos a Florencia.

FÉLIX.—¡Embustero! Me ha hecho creer que viajaba por Alemania. ¡Y estaba allí, junto a ti, mientras yo te ponía el corazón en mis cartas!...

CORAL.—¿Qué supones?

FÉLIX.—(Con un soplo de voz.) ¡Déjame!... ¡Déjame!...

CORAL.—No tienes derecho a suponer nada. También yo ponía el corazón cuando te escribía. Orellana no me habló de lo que te figuras más que una vez: la primera. Y estoy demasiado acostumbrada a vivir sola para no saber encontrar las palabras necesarias. Desde esa vez, Ramón se convirtió en un acompañante amable e ingenioso. Venecia tendrá su encanto y su sugestión cuando una mujer la recorra junto a un hombre querido; cuando no, una nota que, al fin y al cabo, los canales huelen mal... (Apoyándole una mano en el hombro.) Félix...

FÉLIX.—(En la puerta del foro suenan unos golpecitos. FÉLIX, precipitadamente.) Vete a tus habitaciones. Ya hablaremos. Vístete y comeremos juntos.

CORAL.—(Entusiasmada.) ¡Mi primera comida contigo! (Va a abrazarse a FÉLIX, cuando PEDRO sale por el tercero derecha y se dirige al foro a abrir. Esto la detiene. Estrechándole las manos.) Te avisaré cuando esté vestida. (Se va por la puerta de la divisoria y desaparece en el sector izquierda por la izquierda. PEDRO ha abierto la puerta del foro y entran RAMÓN, ALICIA y detrás ISAAC. ALICIA, con vestido de tarde, y tanto ella como ISAAC, sin nada a la cabeza, pues ya se ha dicho que viven en el hotel.)

PEDRO.—Pasen los señores. (Entran. PEDRO vuelve a cerrar la puerta y se va por el tercero derecha: RAMÓN avanza hacia FÉLIX; al verle la cara, ya ha comprendido que FÉLIX está enterado de sus tentativas en Italia; pero su aplomo es cada vez mayor.)

RAMÓN.—Serénate... Estás nervioso. Quizá has recibido noticias de Venecia...

FÉLIX.—(Asombrado de tanto cinismo.) ¿Eh?

RAMÓN.—Pero nosotros te traemos noticias de España, que son, seguramente, más importantes. No creo que necesite presentarte a Alicia, ¿verdad? En cuanto a Isaac, está muy avergonzado, porque, en realidad, es el culpable de todo lo ocurrido.

FÉLIX.—(Secamente.) No entiendo nada de lo que quieres decir.

RAMÓN.—Lo vas a entender en seguida. Siéntate. Siéntense ustedes. (A ISAAC y ALICIA. A FÉLIX.) No voy a hacer ningún juego de manos. Ni siquiera soy el que va a hablar. (Se sientan los tres. A ALICIA.) Amiga mía: usted tiene la palabra... (En este momento se abre la puerta del primero derecha, y sale SILVIA, siempre con el abrigo puesto, sujetándose con la mano para que no se le abra, y llevando en la otra mano el vestido que le entró antes PEDRO.)

SILVIA.—Este vestido me viene grande. Y las ropas de Félix no me sirven. (A RAMÓN.) ¿Qué hago? (Saludando con una inclinación de cabeza a ISAAC y ALICIA.) ¡Buenas tardes!

RAMÓN.—(Explicativo, a ISAAC y ALICIA, por SILVIA.) La señorita Silvia Arnal. Profesión, nudista; estado oficial, novia mía. Todavía espero que me haga feliz un día: el día que nos separemos. (Presentando.) El señor Blum y la señorita Alicia Velasco. (Inclinaciones de cabeza. Cogiendo un libro de la mesita y dándose a SILVIA.) Querida Silvia: toma y entretente mirando los grabados. Alicia será tan amable, que le preste luego un vestido suyo. (A ALICIA.) Silvia se ha dejado toda su ropa en un campo nudista y...

ALICIA.—Tendré mucho gusto en ello.

RAMÓN.—Perfectamente. Por el momento, déjanos tranquilos unos minutos. (Llevándose a SILVIA hacia el primero derecha.) Tenemos que hablar.

SILVIA.—Pero...

RAMÓN.—Es un asunto reservado. Perdona. (La entra en el primero derecha y cierra la puerta tras ella. A los demás.) «Voilà!»

FÉLIX.—(Que se ha levantado, pasando junto a ALICIA.) ¿Qué es lo que ibas a decirme?

ALICIA.—Sola no hubiese venido a decírtelo, porque tal vez no me hubiera atrevido..., y porque no habrías dado crédito a mis palabras.

FÉLIX.—¿Son tan graves?

ALICIA.—Sí. Pero, acompañada de Isaac, me he resuelto a dar este paso. Al fin y al cabo, por Isaac lo he sabido todo, y, al saberlo yo, tú no podías dejar de saberlo también, fuera como fuera. Isaac desvanecerá todas las dudas que pudieras sentir.

RAMÓN.—En cuanto a mi papel, se ha reducido a bajar a las habitaciones de Alicia y a las de Isaac para decirles que estabas visible y que ésta era la mejor ocasión de hablarte... Un papel sin importancia, pero imprescindible.

FÉLIX.—(Sintiéndose acosado.) ¿Qué quiere decir todo esto?

ALICIA.—(Valientemente.) Quiere decir, Félix, que no se puede herir sin sentirse herido; que nada te importó apartarme lejos de ti, como una cosa inútil, cuando te pareció oportuno, y que te alzaste de hombros ante el dolor que me producías... quizá porque no tienes capacidad para el sufrimiento. Pero esa capacidad vengo a dártela yo, para siempre, y, al sufrir tú, comprenderás lo que yo he sufrido...

FÉLIX.—¿Al sufrir yo?

ALICIA.—¿No recuerdas lo que me replicaste «aquella» noche, cuando te hice ver que si yo no era para ti nada, tú lo eras todo para mí? Me replicaste que, en amor, lo más difícil es coincidir. Y ahora, que crees haber encontrado el amor, vengo a repetirte tus palabras.

FÉLIX.—(Excitado.) ¿Mentiras? ¿Calumnias? ¡No creeré nada! ¡Ni lo escucharé siquiera!

ALICIA.—¿Me supones capaz de (Levantándose.)mezclarme en amores ajenos con calumnias y mentiras? No vas a oír ninguna calumnia; vas a oír algo peor que una calumnia, porque vas a oír la verdad. No voy a decirte que Coral no te quiera. Voy a decirte que es tu hija. (Una pausa.)

FÉLIX.—(Secamente. Tranquilamente.) Eso no es cierto.

ALICIA.—¿No lo crees?

FÉLIX.—No.

ALICIA.—Pues si es cierto o no es cierto, Isaac te lo dirá. Para eso estoy aquí. Lo que tenía que decirte yo ya queda dicho. (Va hacia el foro.)

RAMÓN.—(Deteniéndola con el gesto.) Un instante. (Llamando por el tercero derecha.) ¡Pedro! (Volviéndose a ALICIA.) Si fuera usted tan amable que le diera al criado el vestido para Silvia... (A PEDRO, que sale por el tercero derecha.) Pedro: baja con la señorita, que te entregará un nuevo vestido para que se lo entres a la señorita.

PEDRO.—¿Para que se lo entregue a...? (Sonriendo, encantado.)

¡Muchas gracias, señorito! (A ALICIA, abriendo la puerta del foro.)

Señora... (ALICIA hace mutis por el foro, y PEDRO se va detrás, cerrando la puerta. Hay una pausa al quedar solos los tres hombres. ISAAC aparece temeroso y encogido. RAMÓN, tranquilo. FÉLIX disimula a duras penas su gran turbación y la lucha interna a que está sometido.)

FÉLIX.—(Después de una larga pausa, dirigiéndose a ISAAC, pero sin mirarle, con los ojos fijos en el suelo. En voz muy baja.) Hable usted...

ISAAC.—(Aterrado.) Don Félix, yo... Ya comprenderá, don Félix... Si usted, don Félix, se pone en mi caso...

FÉLIX.—(Gritando y yendo hacia él.) ¡Hable usted! (Cogiéndole por el pecho un puñado de tela y zarandeándole en el sillón.) ¡Diga usted si es cierto o no es cierto lo que ha dicho esa mujer!

ISAAC.—Don Félix... La corbata... ¡Que es de tres pesetas, don Félix..., Me arruina usted con esa actitud...!

FÉLIX.—(Dominándose y soltándole. Sentándose de nuevo en el sillón con los codos sobre las rodillas.) Hable tranquilo. Diga todo lo que tenga que decirme.

ISAAC.—Don Félix: Alicia no ha mentado... En realidad he sido yo quien le ha descubierto la verdad a Alicia. Y a... aquí, a don Ramón.

FÉLIX.—¿A él?

ISAAC.—¿Qué iba a hacer? ¡Estaba en un apuro tan grande!... Don Félix; óigame usted sin alterarse, y lo sabrá todo, punto por punto. Imagínese cuál será mi angustia en este momento... Por no pasar este trago daría..., idaría diez duros! (Se queda un poco asustado de la cifra. Humildemente.) Lo hice con la mejor intención; pero mi culpa ha sido ocultárselo a usted durante tantos años.

FÉLIX.—¿Ocultármelo durante tantos años?

ISAAC.—Desde que nació Coral.

FÉLIX.—Ella me habló de un tutor...

ISAAC.—El tutor soy yo, don Félix...

FÉLIX.—¿Usted?

ISAAC.—Y la madre Margarita Morán.

FÉLIX.—Margarita Morán... (Después de una pausa. Sombríamente.) Ni la recuerdo. ¿Cómo es posible que no la recuerde?

ISAAC.—Se separó usted de ella cuando no hacía más que dos años que yo había entrado al servicio de usted... Y, meses después de la separación, ella le escribió a usted, anunciándole el nacimiento de la niña. Yo le oculté a usted la carta...

FÉLIX.—¿Por qué?

ISAAC.—Por... (Con miedo.) Por evitar los gastos de un hijo, don Félix.

FÉLIX.—(Estupefacto.) ¡Isaac!

ISAAC.—Usted no sabe el dinero que hay que desembolsar para...

FÉLIX.—(Indignado.) ¡Isaac!

ISAAC.—Margarita se fue a América. Se hizo actriz; tuvo éxitos y ganó

mucho dinero. Y cuando murió, siete años más tarde, dejó rica a Coral y me nombró a mí tutor suyo. Entonces estuve a punto de decírselo a usted todo; pero Coral era tan pequeñita y usted hacía una vida tan poco infantil... Decidí esperar a que ella fuera mujer y usted empezase a tener ganas de ser padre.

FÉLIX.—¿Sabía usted si no las tenía ya entonces?

ISAAC.—Francamente, don Félix: yo no se las noté... Últimamente estaba resuelto a descubrir el secreto. Pensé, primero, en relacionarles a los dos, y para ello hice mudarse a Coral a la casa de al lado. Pero a los dos días, por la noche, ocurrió lo que ocurrió... Se vino el mundo encima al saberlo. Quise evitar a todo trance lo que iba a suceder... Y les revelé la verdad a Alicia y a don Ramón para que me ayudasen. Por fortuna, Coral se marchó a Italia, y esto nos dio un respiro para decidir...

RAMÓN.—(A FÉLIX.) Y ahora comprenderás porqué fui a Italia yo...

ISAAC.—Pero al saber que Coral llegaría hoy aquí, nos hemos apresurado a...

FÉLIX.—¿Qué explicaciones le dio usted a ella cuando le preguntaba?

ISAAC.—No sabe sino que su padre murió y que se llamaba Félix. Yo...

FÉLIX.—Basta, Isaac; déjeme. Y déjame tú, Ramón. Ya hablaremos.

ISAAC.—(En el mutis a RAMÓN.) No sé por qué me parece que todo esto nos va a costar muy caro... (ISAAC y RAMÓN hacen mutis por el foro.

FÉLIX queda solo en escena, la mirada fija en un punto. En el sector de la izquierda, aparece CORAL, en bata, va retocándose el pelo. Va al teléfono y descuelga.)

CORAL.—(Al teléfono.) Allô? Encore le cinq, s'il vous plaît (Una pausa. En el sector de la derecha suena un timbre, y FÉLIX va al teléfono y descuelga.)

FÉLIX.—Allô?

CORAL.—¿Eres tú? Te llamo para que no te impacientes. Ya estoy; echarme el vestido y acabo. ¿Me oyes?

FÉLIX.—Sí.

CORAL.—¿Estás solo?

FÉLIX.—Sí.

CORAL.—No sigues enfadado conmigo, ¿verdad?

FÉLIX.—No.

CORAL.—¡Te vas a reír! ¿Sabes lo que he recordado de pronto? Que hoy se cumplen los tres meses que nos conocimos, y que, según aquellas famosas advertencias de Satanás, esta noche tenía que ser cuando me rechazaras para precipitarme en brazos de tu rival... ¿No te hace gracia? (Ríe.)

FÉLIX.—(Cerrando los ojos, después de un silencio.) Sí.

CORAL.—Satanás, el pobre no contaba con tus celos... Porque lo de antes eran celillos, ¿no, Félix? ¡Calla, tonto! Si me parece muy bien: los hombres tienen que tener su genio... Y tú eres capaz de dejar mal

a Satanás por mí, lo cual está perfectamente, porque ángel por ángel... ¡Ea! Ya no te doy más lata; en un segundo estoy lista. ¡Cenar contigo!... ¡Dios mío!... Es mi sueño dorado. Luego bailaremos en algún sitio. No bailo bien, pero tú me llevarás. Y me parece que no piso el suelo, que floto, que vuelo... Félix... Por teléfono me atrevo a decirtelo: te adoro. Te quiero como yo no podía figurarme que se pudiera querer... (FÉLIX, al oír estas palabras, deja el teléfono sobre la mesa, con un gesto de horror y de angustia, y se marcha rápidamente por el foro, sin ver siquiera por dónde va, dejándose la puerta abierta. CORAL sigue hablando al teléfono.) No me contestes si no quieres. Pero déjame que te lo diga ahora. Cara a cara, siempre me inspiras un poquitín de respeto. Te adoro, Félix, y no tengo un pensamiento que no sea tuyo, ni hay un acto mío que no te lo dedique a ti... Te quiero de un modo que, no sé por qué, me da miedo... Te quiero tanto, que a veces me parece que... (Ha ido cayendo lentamente el

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto anterior. Apenas han transcurrido unos instantes desde que acabó el otro acto. Ha anochecido un poco más, y es ese momento del día en que se enciende la luz eléctrica.

Al levantarse el telón, en escena, en el sector de la izquierda, CORAL, sentada aun en el teléfono, cuyo auricular aparece colgado. CORAL se levanta lentamente, va hacia la puerta de la divisoria y da la vuelta al conmutador de la luz. El sector izquierdo queda iluminado. CORAL, pensativa y preocupada, se dirige hacia la izquierda y desaparece por ese lateral. Simultáneamente, en el sector derecho entra PEDRO por el foro llevando colgado al brazo un nuevo vestido de mujer. Enciende la luz del sector derecho, cuyo conmutador está junto al foro, y se dirige al primero derecha, llamando con los nudillos en la puerta.

EMPIEZA LA ACCIÓN

PEDRO.—¡Señorita! (Se abre el primero derecha y aparece SILVIA, con abrigo y con el libro que le dio RAMÓN en la mano.) El vestido nuevo.

SILVIA.—Muchas gracias.

PEDRO.—Creo que éste le servirá a la señorita.

SILVIA.—Vamos a ver.

PEDRO.—¿Se lo va a probar aquí la señorita? (Hace ademán de quitarle el abrigo.)

SILVIA.—No; me lo probaré ahí dentro, naturalmente. (Se va por el primero derecha, cerrando.)

PEDRO.—¡Llevo unos días de más mala suerte! (Se va por el tercero derecha, y en este instante, por el foro, entran RAMÓN y FÉLIX.)

RAMÓN.—Y entonces, ¿qué es lo que quieres?

FÉLIX.—Puedes suponértelo, Ramón. No creo ni que tenga necesidad de hablar... (Sentándose.) Se ha cumplido, a pesar de mis esfuerzos por evitarla, o por haberla querido evitar precisamente, la cuarta advertencia. Y ha llegado ese momento que yo esperaba con terror desde hace tres meses. Ese momento que el instinto me decía que iba a llegar, pero que me parecía absolutamente imposible que llegase. El momento de echar a Coral en tus brazos; el momento de decirte: «Ramón: te suplico que te lleves a Coral».

RAMÓN.—Y ¿has reflexionado bien esto que dices?

FÉLIX.—No lo he reflexionado; no puedo gastar tiempo en reflexionar. Cuando os habéis ido antes, Coral me ha llamado al teléfono para decirme que en seguida acababa de vestirse; yo le había anunciado que comeríamos juntos esta noche... Y me ha hablado de un modo..., ide un modo atroz, Ramón!

RAMÓN.—¿Con odio?

FÉLIX.—(Lúgubrementemente.) No; con todo lo contrario. ¿No comprendes cuáles son las palabras de Coral que resultan atroces ahora para mí? Justamente aquéllas que hasta este momento me parecían deliciosas.

RAMÓN.—Sí; ya lo comprendo.

FÉLIX.—He tirado el teléfono, que me abrasaba las manos, y he corrido a buscarte. No creo que puedas imaginar el laberinto angustioso en que estoy metido. Hace tres meses, llegar a arrepentirme de un amor correspondido me parecía una pesadilla imposible. Hoy veo que es una realidad. Y lo cierto es que estoy viviendo la realidad de una pesadilla, Ramón. No hay tormento igual porque, además, la voz de la sangre es una mentira inmensa, y la voluntad, otra mentira.

RAMÓN.—¿Qué? (Incorporándose alarmado.) ¡Félix!

FÉLIX.—Quizá así te des cuenta de cuál es mi tortura... Y no puedo hacer nada para evitarla. ¡Nada! Los sentimientos, a veces, nacen de repente, en un instante; pero morir..., morir no mueren jamás en un instante y de repente. Y a mi edad, los sentimientos son tan fuertes y tan sólidos, que para morir necesitan una larga agonía (Volviendo a sentarse.) He vivido siempre como un hombre independiente, y sin más deberes que los que yo quería echarme sobre los hombros. No he tenido lazos de sangre. Para mí, los hijos eran, como el trabajo, un tributo al que estaban sometidos los demás..., pero que no rezaba conmigo. En las mujeres no vi más que mujeres. Y de pronto sé que una de ellas, la que más mujer me pareció, es mi hija. ¿Cuándo podré dejar de ver en ella a la mujer? Sin haber asistido a su nacimiento, sin presenciar su infancia, sin saborear su adolescencia, ¿concibes lo difícil de acostumbrarme a que Coral sea mi hija?

RAMÓN.—Sí; lo concibo. La paternidad necesita un gran entrenamiento.

FÉLIX.—Y ella, ¿cuándo podrá ver en mí a su padre?

RAMÓN.—En cuanto a eso... El amor filial necesita un entrenamiento más grande todavía. En general, los hijos no empiezan a querer a sus padres hasta pasados los treinta años.

FÉLIX.—Oírte hablar así me hace daño.

RAMÓN.—¡Magnífico! Eso quiere decir que empiezas a sentirte padre ya...

FÉLIX.—Quizá los dos sentimientos se mezclan ya en mí, y el uno me empuja a decirte que te lleves a Coral, y el otro me arrastra a dudar si eres digno de ella.

RAMÓN.—(Sonriendo.) Absolutamente paternal, Félix.

FÉLIX.—Óyeme: me urge separarme de Coral hoy mismo, ahora mismo. Ella, cuando sepa la verdad, querrá también alejarse de mí, horrorizada. No te será difícil atraértela entonces, y nuevamente se cumplirá nuestro destino de que tú te lleves una mujer de mi lado.

Pero, hasta ahora, te habías llevado mis desilusiones, y esta vez te llevas mi única ilusión. Por eso tengo miedo.

RAMÓN.—¿A qué?

FÉLIX.—A que no la quieras lo bastante. ¿Tú quieres de veras a Coral, Ramón? (Mirándole a los ojos) ¿Fuiste a Italia para verla por amor, por verdadero amor, o que para intentar que ella dejase de pensar en mí?

RAMÓN.—Reconozco eso hubiera sido lo heroico... Desgraciadamente, me siento tan egoísta, que, en realidad, lo hice por amor. (FÉLIX le aprieta una mano, con efusión.)

FÉLIX.—Gracias. Pero, aun convencido de que la quieres, soy un padre improvisado, y me pregunto, sin saber responderme, si se puede entregar una hija a un cínico como tú...

RAMÓN.—Te responderé yo.

FÉLIX.—¿Diciéndome... ?

RAMÓN.—Diciéndote que tú mismo eras un cínico, y eso no te ha impedido en absoluto enamorarte con todo el corazón.

FÉLIX.—¡Es verdad!

RAMÓN.—Por lo demás, estoy seguro de que el cinismo de un hombre soltero es la antesala del matrimonio.

FÉLIX.—(Gravemente, después de una pausa.) De hombre a hombre: ¿te casarías con ella? ¿Y serías capaz de quererla siempre? ¿Para siempre?

RAMÓN.—Según creo, ésa es la primera condición del matrimonio canónico...

FÉLIX.—(Apartándose de RAMÓN y yendo hacia el sillón, donde se deja caer con desmayo.) Ya ves: al oírte debía sentir una alegría inmensa, y lo que siento es una tristeza infinita...

RAMÓN.—(Yendo hacia él.) ¡Ánimo! Nunca había creído que tuviera yo más valor que tú. Ya verás cómo vas sintiéndote padre poco a poco. Quizá es que aún te notas joven; pero la juventud es un defecto que se corrige con el tiempo... Día a día se irá rebajando el calor que aún te abrasa, y una Coral nueva aparecerá junto a ti. (Seriamente, casi conmovido.) No puedo decirte más. El resto es preciso que te lo supongas; porque si hoy te dijese que adoraré a Coral, todavía te haría sufrir con mis palabras...

FÉLIX.—(Con voz imperceptible.) Sí. (En este momento, CORAL llama con los nudillos en la puerta de la divisoria.)

RAMÓN.—¡Ahí está! (FÉLIX, estremeciéndose se levanta.) Hasta luego. ¡Y valor! (Se va por el foro, cerrando la puerta. FÉLIX va a la puerta de la divisoria y abre. CORAL apaga las luces del sector izquierdo y entra en el derecho.)

CORAL.—¿Qué ha pasado antes?

FÉLIX.—¿Antes?...

CORAL.—Cuando te he telefoneado. He hablado mucho, pero me temo que casi todo lo he dicho en el vacío. ¿Es que te ha interrumpido

alguien en el momento en que yo comunicaba?

FÉLIX.—No.

CORAL.—¿Han cortado abajo?

FÉLIX.—Tampoco.

CORAL.—¿Entonces...?

FÉLIX.—Nada...

CORAL.—¡Nada! Una palabra que se debía borrar de los diccionarios y que vuelve rígidos y antipáticos a los labios que se acostumbran a pronunciarla... (Acercándose a él y apoyándole las manos en los hombros. Tiernamente.) Es una palabra que no se ha hecho para ti, porque tú tienes los labios suaves y...

FÉLIX.—(Zafándose de sus brazos, cogiéndola de las muñecas y apartándola de sí por miedo de tenerla tan cerca y de que siga hablando.) ¡Cállate, Coral!

CORAL.—(Asombrada, retrocediendo, sin dejar de mirarle. Lentamente y en voz baja.) ¡Que me calle! (Casi sin voz.) Que me calle... (CORAL siente que ante ella surge algo inexplicable. Hay un silencio. Sus miradas escrutadoras van de FÉLIX a diferentes puntos de la habitación, como buscando inútilmente una solución, un rayo de luz. Buscando, sus miradas se fijan en el teléfono, cuyo auricular está aún descolgado y encima de la mesa, tal como lo dejó FÉLIX en su último mutis del acto anterior. Entonces, CORAL se estremece.) ¿Y esto? (Señalando el auricular.) ¿Qué quiere decir esto?

FÉLIX.—¿Qué?

CORAL.—¡Has interrumpido tú mismo! Has sido tú mismo... quien ha dejado el auricular... Lo has dejado..., ¡Dios mío!..., en el momento justo en que yo te decía, frente a frente y por primera vez, todo lo que cualquier hombre oye siempre con la atención suprema... Yo había pensado semanas y meses en ese momento, y todas las palabras me parecían pobres y sin color para expresar lo que sólo se puede expresar con el acento... Y te lo dije así, sin verte y sin que tú me vieras, porque me pareció más íntimo, porque era como si te lo dijera al oído, con los ojos cerrados, en la oscuridad del pensamiento... Pero tú no has querido oírlo. ¡No has querido oírlo! (Se sienta, abatida, en un sillón, como si un peso demasiado grande gravitase sobre sus hombros, impidiéndole permanecer en pie. Hay una pausa. Súbitamente, una energía nueva se apodera de CORAL y la levanta del sillón, encarándola con FÉLIX) ¿Por qué? (Avanzando hacia él. Con voz ronca) ¿Por qué?

FÉLIX.—Porque me hacía daño oírte, porque...

CORAL.—(Cortándole.) ¿Te hacía daño oírme decirte que te quiero?

FÉLIX.—(Armándose de valor, sin atreverse a hablar, y espoleado, sin embargo, por hablar cuanto antes, por evitar la situación angustiosa en que se debate.) Sí, me hacía daño antes y me hace daño ahora; y ya no podré oírtelo decir nunca.

CORAL.—(Como un eco.) ¡Nunca!

FÉLIX.—Coral... Desde que nos separamos hasta que me hablaste por teléfono, todo el Universo ha cambiado de aspecto para mí. Lo que era mi felicidad ha pasado a ser mi desgracia. Sería estúpido darte una explicación detallada; ninguno de los dos tenemos los nervios dispuestos para ella. Pero he sabido algo tan terrible y tan...

Tampoco yo encontraría palabras lo bastante expresivas. Pero tienes que renunciar a mí, Coral, y yo a ti, y mirarnos desde hoy de otra manera...

CORAL.—¿Qué dices? ¿Qué dices?

FÉLIX.—Coral, olvídale todo y perdóname... Ya no podremos ser uno para el otro los de antes... Coral, yo he hecho una vida disparatada y llena de riesgos... Yo mismo he desencadenado con mi aturdimiento esta tormenta antes de ahora. Coral, eres hija mía. (Un silencio.

CORAL, que tiene clavados sus ojos en el rostro de FÉLIX, rompe a reír desatadamente.)

CORAL.—(Riendo.) ¡Hija tuya! (Ríe.) ¡Hija tuya yo!... (Riendo.) ¡Qué estupidez!

FÉLIX.—¿Eh? ¡Coral!

CORAL.—¡Qué mentira más imbécil! (Ríe aún. Y va pasando de la risa a la furia.) ¿Es eso todo lo que se te ha ocurrido para cortar una situación que te desagrada? ¿Esos son tus trucos para apartar de ti a las mujeres que no te interesan?

FÉLIX.—¡Coral!...

CORAL.—¿Quién te ha inspirado? ¿Quién te ha sugerido esa idea salvadora? ¡Nunca te he importado! Desde el primer momento fui yo quien lo puso todo: el ansia, el entusiasmo, la fiebre... Y tú no pusiste nada, inada! Y me separaste de tu lado sin haberme dado un beso siquiera, ¡ese beso en el que yo había pensado, extenuada, noche tras noche, en mis soledades de muchacha que aguarda a un hombre como se aguarda a un dios!

FÉLIX.—¡Coral!...

CORAL.—(Disparada.) ¡Ya sé que tengo yo la culpa! Ya sé que he sido yo la que ha insistido, la que te ha buscado y la única de los dos capaz de querer. Y lo que más me subleva no es el desengaño; ¡lo que más me subleva es esa mentira idiota con la que quieres levantarle obstáculos a mi ilusión!

FÉLIX.—No es mentira, Coral. Por lo que más quieras, te puedo jurar que es verdad...

CORAL.—Si fuera verdad, ¿sufriría como estoy sufriendo? ¿Sentiría por ti el odio que siento en este momento? Si fuera verdad, no te habría querido como te he querido. Si fuera verdad, el instinto me hubiera hecho verte de otra manera...

FÉLIX.—Quizá no hay instintos, Coral. Quizá el sentimiento nace de la convivencia.

CORAL.—¿Habíamos convivido tú y yo para que naciera algún sentimiento en mí? Y, sin embargo, te he adorado. Pero ¿cómo has de estimar un amor hecho de ensueño, si hasta ahora no habías gustado más que realidades asquerosas? Las prefieres a ellas, y yo te estorbo. ¿Dónde está la que va a suplantarme? (La puerta del derecho primera se abre y SILVIA aparece vistiendo el vestido que le entregó PEDRO en el principio del acto, sonriente y ajena a todo.)

SILVIA.—Por fin he encontrado un vestido que me está bien. (Al ver a CORAL.) ¡Buenas noches! (CORAL, al verla, la mira unos instantes con odio, de arriba abajo, creyendo hallarse cara a cara con la verdad, con la confirmación de sus suposiciones. La mira, mira a FÉLIX y sonrío con amargura y desdén.)

CORAL.—No estaba lejos... (FÉLIX, comprendiendo el pensamiento de CORAL, va hacia SILVIA, resuelto a persuadirla de que SILVIA es su amante, en efecto.)

FÉLIX.—Realmente, te está muy bien. No has tenido ningún vestido que te estuviera tan bien.

SILVIA.—(Sin comprender.) ¿Eh?

CORAL.—(Mirándolos y escupiendo, más que hablando.) ¡Digna de ti! (Les vuelve la espalda con súbita y enérgica decisión y va rápidamente hacia el foro. Cuando va a llegar a la puerta, ésta se abre y aparece en ella RAMÓN. CORAL se sorprende al verle.) ¡Orellana! (Echándose a reír, con una risa nerviosa y terrible.) ¿Habrá que creer que en esto interviene, efectivamente, el diablo? (A RAMÓN, con energía y firmeza.) ¿Sigue usted pensando igual que en Venecia? RAMÓN.—Siempre.

CORAL.—(Con la voz rota.) Pues ya ha conseguido usted lo que deseaba. Lléveme a donde quiera. (Se vuelve y lanza una nueva mirada indecible sobre FÉLIX. Luego se coge del brazo de RAMÓN.) ¡Vámonos! (Se van ambos por el foro, cerrando la puerta.)

SILVIA.—(Haciendo ademán de ir hacia ella.) Pero...

FÉLIX.—(Sujetándola.) ¡Quieta aquí!

SILVIA.—Es que se...

FÉLIX.—La he dicho que quieta. Él no tiene dinero, y yo, sí...

SILVIA.—¿Eh?

FÉLIX.—... y perderle es para usted un negocio.

SILVIA.—¿Qué quiere usted decir? ¿Que usted...? (Suenan unos golpecitos en el foro. En el sector izquierda se enciende la luz.)

FÉLIX.—Que le compro, en lo que me pida, su renuncia a Ramón. Y espero que no me costará cara. (Por el tercero derecha sale PEDRO, va al foro, abre la puerta y entra ISAAC).

ISAAC.—¿Se la lleva? Ahora mismo entraban en las habitaciones de ella...

FÉLIX.—Sí, se la lleva. Puede usted respirar tranquilo. Y para ello, ocúpese de esta señorita y extiéndale un cheque por la cantidad que

ella fije.

ISAAC.—(Aterrado.) ¿Un cheque? ¿Un cheque?

FÉLIX.—Y, antes de que se vaya, extiéndale otro cheque a Ramón, pero en blanco.

ISAAC.—¡En blanco!... ¡Santa Bárbara bendita!

FÉLIX.—Sin aspavientos, Isaac.

ISAAC.—Sí, señor; sí, señor. (A SILVIA.) Ande usted, hija mía, que usted es de las que nacen de pie y no se sientan en toda su vida. (Se va, con SILVIA, por el foro. Quedan solos FÉLIX y PEDRO.)

PEDRO.—Esta vez, el señor se ha desprendido de la señorita Coral tan pronto, que...

FÉLIX.—Pedro, la señorita Coral es hija mía.

PEDRO.—(Alelado por la noticia.) ¿Hija del señor?

FÉLIX.—Y cuando empiece a convencerse de que lo es, se casará con el señor Orellana.

PEDRO.—(Más alelado todavía.) ¡Con el señor Orellana!

FÉLIX.—(Sentándose de nuevo.) Sí. Ya estamos solos tú y yo definitivamente... Hace tres meses, Pedro, alguien me anunció una desgracia que había de ocurrirme de allí a un año... ¿Qué desgracia puede sucederme dentro de nueve meses, Pedro?

PEDRO.—(Sonriendo.) Dentro de nueve meses, señor... Como no sea tener un nieto... (Y se echa a reír, primero, suavemente; luego, a grandes carcajadas. FÉLIX ríe también. Y gradualmente va poniéndose serio, tremendamente serio.)

FÉLIX.—(Dolorosamente.) Tener un nieto. Sí, eso sería una desgracia, porque significaría la vejez.

PEDRO.—Justamente, señor.

FÉLIX.—(Echándose hacia atrás, en el sillón, y cerrando los ojos.)

Pedro, tráeme el batín de casa. Esta noche no salgo. (Telón.)

FIN DE «LAS CINCO ADVERTENCIAS DE SATANÁS»

Edición digital Revista literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008